

BOLSILIBROS
BRUGUERA

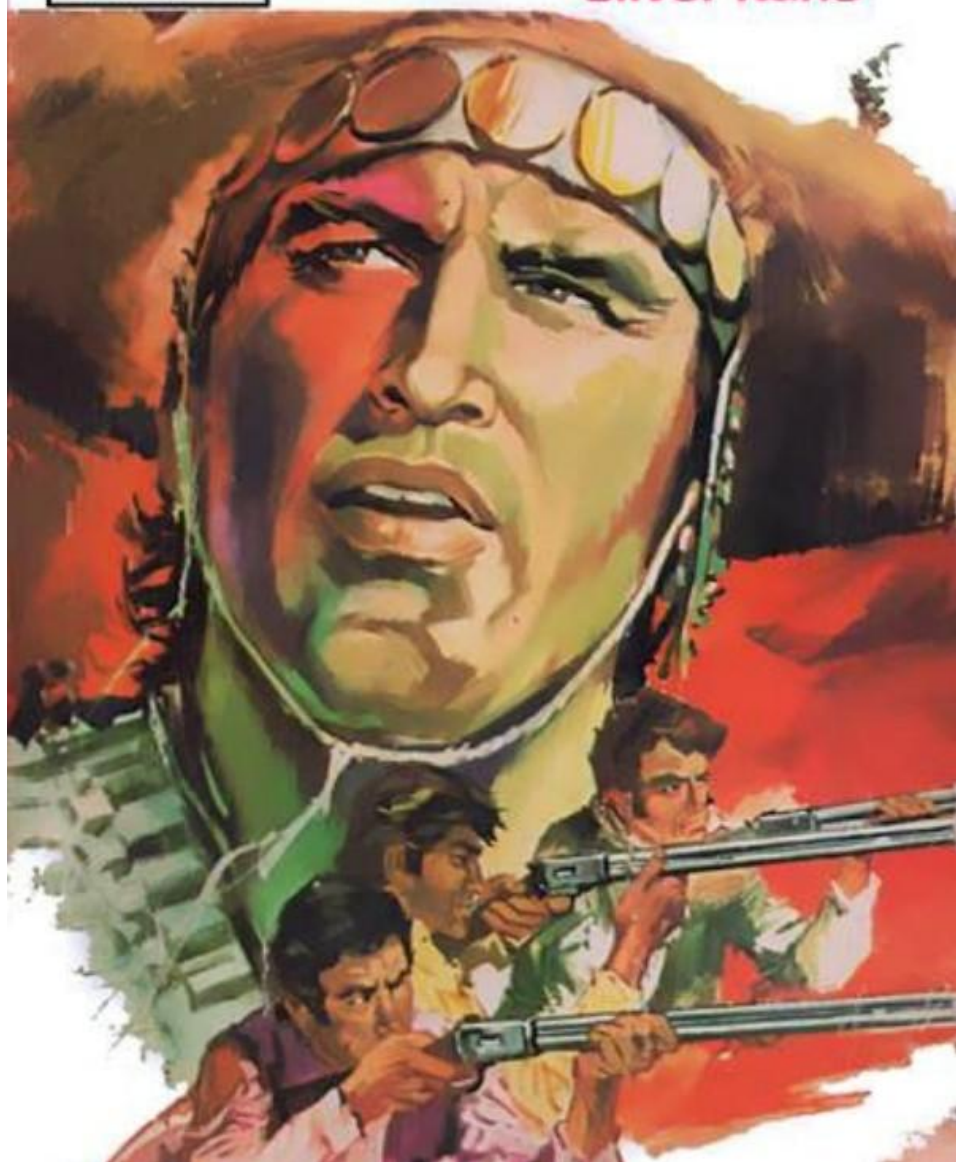
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

los guerrilleros

silver kane





SILVER KANE

LOS GUERRILLEROS

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.051
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
- RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 29.107 – 1970
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: setiembre, 1970

© SILVER KANE - 1970
sobre la parte literaria
© MIGUEL GARCÍA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades, hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.186. — “Especialista” en Bancos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.044. — Los crímenes del difunto.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

629. — Buscado por asesino.

En Colección BÚFALO:

885. — Los hijos de Yuma.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un cobarde.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

709. — Un millón para morir.

En Colección PUNTO ROJO:

430. — El color del miedo.

En Colección ENVIADO SECRETO:

131. — La última aventura de Johnny Klem.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

39. — Se alquila un asesino.

CAPÍTULO PRIMERO

LLEVABAN ya tres días sin comer más que crías de serpiente y sin beber más que las aguas cenagosas de los arroyos que van a morir a los afluentes del Orinoco. Había quedado atrás la sierra de Pacaraima, que creían que no terminaría nunca. Y ahora estaban en una zona indeterminada, en una zona que desconocían y que solo podían determinar aproximadamente por la posición de las estrellas.

Eran seis.

Seis hombres de los llamados “de pelo en pecho”, jóvenes y fuertes, dispuestos a todo, pero convertidos ahora en unas auténticas ruinas humanas.

Pese a su fortaleza y su estatura, ninguno de ellos pasaba de los sesenta quilos de peso.

Estaban delgados, casi esqueléticos. Sus ropas convertidas en jirones apenas les cubrían el cuerpo. Lo único que seguía siendo perfecto en ellos eran sus fusiles y sus cuchillos, ya que eran las únicas cosas de que disponían para sobrevivir.

Seis hombres, seis nacionalidades.

Sorel, el holandés, un fugitivo del penal de Paramaribo, en la Guayana holandesa, que nada tenía que envidiar, en cuando a “comodidades”, a la legendaria Isla del Diablo.

Godfrey, inglés, un aventurero que pudo ser millonario y que se aburría en el clima sosegado de las Islas Británicas.

Ramírez, el minero boliviano que se había sublevado contra el hambre, contra la miseria, contra la injusticia social. Que se había sublevado, sobre todo, contra el “Sudamérica para los

norteamericanos”.

Koster, polaco, el escritor que preparaba una tesis doctoral sobre las guerrillas en Sudamérica.

Bigam, el tejano aventurero, ex mercenario del Congo, ex mercenario de Biafra, el hombre a quien siempre se encontraba allí donde hubiera mucho dinero a ganar, mucha violencia y raciones abundantes de muerte.

Y por fin Shalk, el alemán, el ingeniero a quien unos caciques habían volado con dinamita las obras que estaba realizando en las orillas del río Caronia.

No parecía posible reunir en aquel lugar salvaje, una mezcla más completa de razas, de apetencias, de ambiciones. Pero ahora todos aquellos hombres tan distintos estaban unidos por un mismo sentimiento, que era el de la inseguridad y el de la muerte.

Sorel era quien mejor conocía aquella zona. No en vano había estado prisionero en la Guayana francesa y luego en la holandesa. No en vano había huido por aquellos territorios seis veces, siendo apresado otras tantas.

Godfrey le preguntó:

—¿Qué? ¿No sabes por dónde andamos?

—Todo esto es espantosamente igual. ¡Esta jungla maldita, llena de mosquitos y de alimañas...! A veces me parece que no he atravesado aún el río Essequibo. Y sin embargo no puede ser... ¡Hemos estado muy al norte! ¡Hemos estado con las guerrillas de Venezuela!

Les parecía que de aquello hacía ya un tiempo infinito.

¿Hubo guerrillas en Venezuela alguna vez? ¿Las hubo en Bolivia? ¿Qué se hizo del “Che” Guevara? ¿Tenían ellos razón o eran solo unos iluminados? ¿Qué se había hecho de sus vidas?

Fue Shalk, el alemán, el que murmuró:

—Ayer estuve haciendo cálculos y basándome en la posición de las estrellas.

—¿Y llegaste a alguna conclusión?

—Aproximadamente sí. Después de atravesar Paracaima, tenemos a la izquierda el río Branco, y a la derecha el Orinoco. Estamos por tanto en el Brasil, muy cerca de una zona llamada Boa Vista, pero hemos de tener cuidado, porque un simple error nos

puede meter en la Guayana británica o nos puede llevar otra vez a Venezuela.

Los seis hombres a la vez respiraron aliviados, como si se hubieran quitado un enorme peso de encima.

¡Brasil!

¡Brasil era un país inmenso, inexplorado en parte, lleno de riquezas y de mujeres bonitas a las que gustaba hacer el amor! ¡Allí no les perseguiría nadie!

Ramírez musitó:

—Siguiendo hacia el sur, siempre hacia el sur, llegaríamos otra vez a mi país.

En su mirada brillaba una desesperada nostalgia.

—¡Volver a tu país! ¿Sabes cuantos ríos tendríamos que atravesar? —murmuró Koster, el polaco—. Tendríamos que atravesar el Matto Grosso en parte, y cruzar unos ríos tan “inofensivos” como el Negro, el Amazonas, el Puris, el Madeira... Para entrar en Bolivia tendríamos que atravesar además el Guaporé, el Madre de Dios... ¡Bonita perspectiva! ¿Y volver allí? ¿Para qué?

—Es mi país —dijo Ramírez tenazmente—. He recorrido todo Sudamérica y no he visto país tan hermoso.

—Es lógico que te parezca así —murmuró Koster—, pero más lejos tengo yo el mío.

—Nunca he comprendido que hace un polaco aquí —masculló Ramírez.

—Sencillamente, conocer el mundo.

Y echó a andar de nuevo. Todos le siguieron, sin decir una palabra más.

Caminaban derrotados, hundidos.

Ahora ya no encontraban ni siquiera crías de serpiente. Solo serpientes enormes, furiosas, que resultaba casi imposible cazar. Las crías, una vez hervidas en agua, tenían un aspecto repulsivo, pese a estar sin piel. Pero eran digeribles. En cambio aquellas serpientes de cinco metros, con la carne dura y tensa... ¿Quién se atrevía con ellas?

Bigam preguntó en español:

—¿Adónde vamos?

Todos se entendían en español, desde que coincidieron en las guerrillas de Venezuela. Unos lo hablaban bien, otros lo chapurreaban. Pero aquel era su idioma común y el que les unía en su diabólico peregrinaje. Ahora tenían la sensación de que jamás en sus vidas volverían a hablar un idioma distinto.

Koster alzó de pronto su fusil.

Hizo un disparo.

Un pajarraco de anchas alas, parecido a un buitre, que saltaba de rama en rama, se detuvo en mitad de uno de los saltos y cayó pesadamente a tierra, con un último desesperado batir de alas. Los seis hambrientos se acercaron a él. No sabían a qué especie pertenecía, pero evidentemente resultaría comestible. Después de las serpientes hervidas, aquel sería un manjar succulento.

—Es el primer pájaro que he visto en varias horas —susurró Koster—. Aquí debe haber muchísimos, pero se asustan ante nuestra presencia. No deben haber visto seres humanos en mucho tiempo. Por eso se esconden como diablos. No hay modo de dar con ellos.

Bigam se pasó una mano por la frente y empezó a arrancar las plumas al pajarraco.

—Buena puntería, muchacho, buena puntería —elogió—. Y ahora que mencionas al diablo, ¿sabes qué he oído decir?

—¿Qué?

—Que estas son las tierras de Satanás, así como suena.

—No te entiendo.

—Hum... Yo he estado en todas partes. En Nigeria, en el Congo, en Vietnam... Allí donde hubiera violencia, muerte, dinero y chicas guapas que uno pudiera conseguir sin demasiado esfuerzo, estaba vuestro amigo Bigam con su metralleta y su cuchillo, dispuesto a pasarlo en grande. Y he oído contar muchas cosas. Muchas leyendas que parecen mentira y son verdad. Realmente yo sé más cosas que muchos profesores. Lo que pasa es que no doy la lata con ellas ni suspendo a los demás porque no las sepan.

Koster ya preparaba un poco de fuego sobre unas piedras.

Murmuró:

—¿Pero qué decías que estas eran las tierras de Satanás?

—Ujú. Lo son. Así como suena. Antigüamente parece que vivían

aquí unos indios que eran adoradores del diablo. Y supongo que, más o menos ocultos, seguirán viviendo.

—Muchas tribus indias han adorado al diablo —murmuró Koster—, y eso desde la más remota antigüedad. Lo mismo aquí que en Egipto. Incluso ahora, en nuestros “civilizados” tiempos, hay sectas de adoradores del diablo en Nueva York. ¿Qué tiene de sorprendente?

—Los que tú dices de Nueva York son unos chiflados.

—De acuerdo.

—Y, en cambio, estos indios eran distintos. Ellos sí que tenían algo que ver con el diablo. Parece ser que les hablaba, que se aparecía entre ellos. Entonces entraban en una especie de éxtasis... y sentían la necesidad terrible, imperiosa, de matar.

Ramírez hizo un gesto de hastío. La conversación no le gustaba.

Él estaba preparando unas parihuelas para asar el pajaraco.

—No me gusta hablar del diablo —dijo—, y además todo eso son tonterías.

Pero Bigam insistió:

—Algunas mujeres de la tribu llevaban su marca.

—¿La marca de Satanás?

—Exacto. Tatuada en la piel. Les practicaban ese tatuaje cuando eran aún muy jovencitas. Y se las consideraban sagradas en su tribu.

—Hum... Supersticiones.

—Esas indias ya no deben existir —murmuró Shalk.

Él era un científico, o se tenía por tal. Había trabajado construyendo una difícil presa en el río Maroni, basta que dos caciques la hicieron volar, matando a diez de sus hombres. ¿Motivos de la voladura? Que la presa acabaría con el monopolio de los riegos, del que los caciques disfrutaban, y les quitaría todo su poder sobre los campesinos. También le habían buscado para matarle a él, a Shalk. Y Shalk tuvo que andar y andar a través de las selvas hasta que, atacado por la malaria y muerto de hambre y de cansancio, fue atendido por unos hombres barbudos que llevaban rifles y metralletas. Aquellos hombres resultaron ser guerrilleros que operaban en Venezuela.

—¿Idealistas? ¿Aventureros?

Aún no lo sabía.

Lo cierto era que le parecía llevar toda la vida con ellos. Su grupo había sido diezmado y ahora huían. Muchos hablaban de volver. Él no. Él, guiándose por las estrellas, les había llevado hasta allí precisamente.

A la tierra de Satanás.

Mientras ponían a asar el pajaraco, que tenía una carne astillosa y seguramente amarga, Ramírez murmuró:

—A veces os miro y me hace el efecto de que sois unos desconocidos. Llevamos mucho tiempo juntos, arrastrando peligros y jugándonos cada día la piel. Y, sin embargo, no nos conocemos. Tengo la sensación de que si nos separamos, ninguno de nosotros volvería a acordarse de los demás. En el fondo es que quizá nada nos une. Vosotros, ¿por qué vinisteis a la guerrilla?

—¿Y tú?

—Porque mi país es pobre. Yo creo que hay muchas cosas que solo pueden resolverse a tiros. Claro que hay momentos en que no he estado tan seguro, pero... En fin, fui a Venezuela porque quería aprender a pelear. Me dijeron que allí estaban las guerrillas mejor organizadas de América.

—Y ya ves que no lo estaban.

—Hum... Os he explicado mis razones. Pero vosotros, ¿por qué...?

Sorel se encogió de hombros.

—¿En qué sitio iban a prestar ayuda a un presidiario? Yo no podía elegir. Allí me daban libertad y armas. ¿Qué más quería?

Godfrey se encogió de hombros también.

—A mí no me falta dinero. Mi familia es una de las más ricas del condado de Surrey. ¿Pero qué iba a hacer allí? ¿Perseguir a las criadas y dedicarme en otoño a la caza del zorro? Yo tengo la sangre de mi abuelo, que hizo su fortuna buscando oro en California. Y un buen día me largué. Tomé pasaje en el primer barco que zarpaba, y resultó que el barco iba al puerto de La Guayra. Desde allí a Caracas hay un paso. Y Caracas... ¡resulta una ciudad tan excitante! El caso fue que me encontré en las guerrillas no sé cómo. Y no puedo decir que me haya aburrido. ¡No, todo lo contrario! ¡Aquí hay paisajes lindos, alimentos...!

Y señaló la selva y el pajarraco, el cual empezaba a despedir un aroma que no tenía nada de apetitoso.

Koster daba lentamente vueltas a las parihuelas.

—Yo soy escritor y además profesor de la Universidad de Varsovia —dijo lentamente—. ¿Qué puedo explicaros que no sepáis ya? Mi especialidad es la historia moderna, de América, en su aspecto social. Preparo una tesis sobre las guerrillas y he querido escribirlas en el propio terreno. He estado en Bolivia, en Colombia... ¡y ahora aquí! ¿Pero habrá quien salga alguna vez de este maldito agujero?

Bigam empezó a oler el pajarraco, mientras la boca se le hacía agua a pesar de lo infecto que resultaba. Siempre decía que había comido cosas peores. Que una vez, en el Congo, llegó a comer carne humana.

—Yo llegué allí porque me mantenían y porque podía conseguir algo de dinero fácil. ¿Qué queréis que os diga? Yo no puedo vivir en un sitio tranquilo, en un sitio donde no hay tomate por todo lo alto. El día en que haya un sitio donde me divierta más, me iré. Pero, hoy por hoy, este es el mejor mundo que conozco.

Shalk preparó ya el cuchillo para empezar a partir el pajarraco.

—Yo llegué allí sin elegirlo —dijo—. Llegué allí para salvar mi vida.

—Pero has tenido mucho interés en venir hasta aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Tú nos has guiado hasta el Brasil, fiándote de la posición de las estrellas.

—Este es el único sitio donde podemos estar un poco seguros.

Y sacaron el pájaro de entre las llamas, para empezar a partirlo. El bicho tenía una carne amarga y casi fétida. A lo peor era uno de esos pajarracos que se alimentan de carroña, aunque por la forma de su pico no lo pareciera. Pero, en fin, ya estaba asado y no tenían, nada mejor para elegir.

Mientras hacían la digestión, se tendieron a reponer fuerzas. La noche cayó sobre ellos casi bruscamente, como un manto negro. La noche, en la selva, se desplomaba de repente, apenas la luz del sol no era lo bastante fuerte para atravesar las copas de los árboles.

Decidieron dormir hasta el amanecer. Penetrar por la selva de

noche, aparte de no conducirles a nada, era peligrosísimo. Durante las horas nocturnas, aquel era el reino de las alimañas.

No montaban turnos de guardia.

¿Para qué?

Todos tenían el oído muy fino y se hubieran puesto alerta al menor signo de alarma. Por otra parte, nadie sabía que estaban allí. Nadie les perseguía ahora.

Durmieron no sabían cuántas horas.

Durmieron pesadamente, pero con los oídos atentos, tal como estaban acostumbrados a hacer.

Y les despertó de repente aquel gemido. Aquel extraño gemido de muerte.

CAPÍTULO II

SE pusieron en pie de un salto, mientras empuñaban sus rifles. Resultó que solo Sorel, Godfrey y Ramírez estaban tendidos en tierra y por tanto saltaron para ponerse en pie. Cuando ellos lo hicieron, ya los otros tres, es decir Koster, Bigam y Shalk corrían con sus rifles, quizá porque habían escuchado algo segundos antes.

Sorel masculló:

—¿Qué ocurre?

—Alguien ha gritado —contestó Shalk.

—¿No sería un mono?

—Nada de eso. Estoy seguro de que era un ser humano.

—¿Y por dónde?

—Por ahí...

La luz de la luna alumbraba aquello con cierta claridad, pero además ellos disponían de linternas. Eran el único instrumento del que no podían prescindir, aparte de los rifles. Y ya temblaban pensando en el momento en que se agotaran las pilas.

Los pequeños discos de luz respuntaron la selva, atravesando el follaje. Una vida densa y repulsiva se desarrollaba allí: millones de mosquitos que despertaban de pronto, pequeños vampiros que se ocultaban, serpientes que empezaban a desperezarse lentamente...

Shalk insistió:

—Ha tenido que ser por ahí... ¡Estoy seguro!

—Y ese gemido, ¿no habrá sido una señal para avisar a alguien y que venga a dar cuenta de nosotros?

—Es posible.

—¿Qué cuerno hacemos?

—De momento buscar.

Los seis hombres, con las armas preparadas, se adentraron un poco más entre la selva. Todo aquello estaba surcado de riachuelos, y en los riachuelos había caimanes. Resultaba inconcebible que hubieran dormido cerca de un sitio tan peligroso sin darse cuenta.

—¡Podíamos habernos imaginado esto! —masculló Bigam.

Koster se disculpó, aunque no era él quien había elegido el sitio para acampar:

—Nadie sabía que aquí había tanta agua.

—¡Es lo primero que hemos de tener en cuenta! ¡Nunca aprenderemos, infiernos! ¡Los caimanes son nuestros peores enemigos...!

Y de pronto se detuvieron.

Acaban de ver quién era la persona que poco antes había lanzado aquel gemido.

Se trataba de una india. Pero una india muy joven, casi una niña. Pese a lo difícil que resultaba calcular la edad en aquellos aborígenes, todos pensaron que debía tener unos quince años.

Estaba muerta.

Alguien le había lanzado un cuchillo a distancia.

Un cuchillo indígena, hecho con una hoja rudimentaria y un mango de madera y hueso. Pero había resultado terriblemente eficaz.

La muchacha tenía el corazón atravesado.

Ya no se movía. Había muerto unos segundos atrás.

Bigam masculló:

—¿Qué infiernos es esto?

—Alguien la ha matado —susurró Shalk—. Posiblemente alguien perteneciente a su tribu. Fijaos en ese cuchillo.

—Sí... Parece un cuchillo indígena. Pero también es cierto que pudo fabricarlo cualquiera de nosotros.

—¿Aquí?

—No, en la guerrilla. En la guerrilla teníamos tiempo libre para todo.

—¿Y haber ocultado el cuchillo? —preguntó Shalk.

—Sí.

—¿Para qué?

—Pues... ¡yo qué sé! ¡He visto en este mundo cosas tan raras!

—Ninguno de nosotros ha podido matar a esta india —murmuró Shalk—. No hubiera tenido interés en hacerlo. ¿Para qué? Eso es, por el contrario, una venganza de su tribu, sea la que sea. Y mucho me temo que si son los adoradores del diablo de que os hablé, estamos en peligro.

—Hum... Tonterías —dijo Bigam, quien tenía una visión bastante más primaria de las cosas—. Yo sé lo que ha ocurrido. Alguien quiso hacerse el cariñoso con ella, y ella no se dejó. Y entonces... ¡zas! El tío la dejó seca. Esas cosas lo mismo ocurren aquí que en los barrios bajos de Marsella. Este cochino planeta es un pañuelo. ¡Cuando se trata de una mujer que está bien, en todas partes hacemos los mismo...!

Pero Shalk parecía pensar en otras cosas.

Murmuró:

—Mirad...

Todos contemplaron a la muchacha muerta que había sido muy bonita, y que tenía ese especial sello de las razas absolutamente puras. En efecto, no había en ella mezcla de ascendencias, como resultaba frecuente en aquella parte del Brasil. Su tez era olivácea, limpia, tersa. Tenía los rasgos faciales perfectamente marcados, inconfundibles. Era un verdadero arquetipo que hubiera podido servir para la lámina de un libro de Geografía Humana. Y además resultaba muy hermosa. Sus quince años explotaban de plenitud, de vida... hasta que llegó aquel cuchillo.

Pero no era eso lo que les importaba ahora.

Lo que miraban era la espalda de la muchacha.

Había allí tatuados unos signos que al parecer no tenían sentido. Se trataban de algo parecido a un monte, sobre el que había una palmera. Pero una palmera con las hojas no pegadas al tronco, sino desprendidas de él, lo cual resultaba en apariencia absurdo. Y encima una estrella.

Eso, pues, en principio, no tenía sentido.

Pero había otra cosa que sí que lo tenía.

Y muy claro.

Eran dos pequeños cuernos al pie de la montaña.

Fue Ramírez el que bisbiseó:

—El diablo...

—Entonces —murmuró Godfrey— ese debe ser el signo de que... ¡De que aquí hay adoradores de Satanás!

—Tonterías —dijo Bigam—. ¿Por qué los cuernos han de ser siempre el signo del diablo? ¡También pueden ser el signo de algunos matrimonios!

—Estas regiones tan remotas fueron evangelizadas —susurró Ramírez—. Aunque parezca increíble, los misioneros llegaron hasta aquí. Y teniendo eso en cuenta, los cuernos podían muy bien ser el distintivo del diablo.

—De todos modos no tiene sentido —murmuró Koster, inclinándose más sobre la muerta y alumbrando el tatuaje con su linterna—. Una especie de montaña, una palmera con las hojas desprendidas, una estrella... ¿Qué infiernos puede significar esto?

—En apariencia no tiene sentido —reconoció Shalk—, pero lo copiaré.

—¿Para qué?

—No sabría decirlo. Me he acostumbrado a pensar que todas las cosas en este mundo pueden ser útiles. Y quizá el tatuaje que lleva en la espalda, sea la clave de la muerte de la muchacha.

Godfrey se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Te das cuenta? —farfulló.

—¿Cuenta de qué?

—No sé quién de nosotros ha hablado antes de que a algunas niñas se les tatuaban inscripciones satánicas, y de que a partir de entonces se las consideraba sagradas. Esta podría ser... una de ellas.

Todos se miraron entre sí.

Parecían dominados por el asombro, pero fue Shalk el primero que reaccionó diciendo:

—Uno de vosotros tres tenía un lapicero y un pedazo de papel.

—Yo —ofreció Koster.

—Parece mentira... Un lapicero y un pedazo de papel son para nosotros ahora un lujo increíble. Estoy seguro de que si no salimos de aquí pronto vestiremos con taparrabos y con plumas... A ver,

déjamelos.

Tomó los dos objetos que Koster le dejaba y empezó a dibujar atentamente. Era hábil en aquello. El tatuaje quedó reproducido tan exactamente como si hubiera arrancado la piel.

Ramírez murmuró:

—No sé qué decirte, pero eso me parece una falta de respeto.

—No le hago ningún daño, a esta chica —dijo Shalk—. En todo caso el daño ya se lo han hecho.

—Eso es cierto.

Shalk guardó cuidadosamente el papel.

Bigam miraba pensativamente a la chica.

—¿Y ahora qué hacemos con ella? —murmuró.

—Nada —opinó Godfrey—, pero es tan peligrosa como una bomba. Los de su tribu no deben andar lejos, y sin en efecto esta muchacha era sagrada, todos los que estemos por aquí seremos considerados enemigos. Yo os diré lo que hay que hacer: largarse enseguida...

—¿Hacia dónde?

Bigam fue el que respondió. Y no resultó demasiado concreto:

—Por una vez, a algún sitio donde no haya chicas...

CAPÍTULO III

DURANTE semanas habían procurado no acercarse a ningún lugar habitado porque eso podía ser peligroso para ellos. Un chivatazo, una denuncia, podía traerles la muerte. Pero ahora las cosas eran distintas. Nadie iba a denunciarles allí, por lo menos en un sitio donde hubiera hombres blancos. Les tomarían por unos aventureros, ¿pero quién no lo era en aquellos parajes?

Dos días después se encontraron a orillas del río Branco, casi en el límite del Brasil con la Guayana británica.

Shalk, como siempre, había adivinado la posición de todo aquello observando las estrellas. Les había dicho el día anterior que unas horas más tarde encontrarían el río Blanco. Y, en efecto, allí estaba.

Claro que de blanco nada.

Tenía las aguas tan turbias, tan fangosas como todos los ríos que habían atravesado hasta entonces en su caminar. Y en las junglas de sus orillas habitaban familias enteras de caimanes esperando que las aguas les trajeran sus presas.

Unas presas que podían ser ellos.

Koster balbució:

—Tenemos que encontrar un sitio sea como sea... Ya no podemos seguir así.

—Sé que en el río Blanco hay embarcaderos con todo lo necesario —explicó Shalk—. Incluso almacenes, tabernas y... chicas.

—¿Aquí? —susurró Ramírez—. ¿Estás loco?

—Esta zona del Brasil fue muy explorada en otro tiempo —dijo

Shalk—. Cuando se suponía que aquí había diamantes y esmeraldas, miles y miles de aventureros se perdieron por estas selvas. Hasta llegaron a construirse hermosas ciudades que hoy son ruinas. ¿Qué me decís de la fabulosa Manaus? En este momento no es ni sombra de lo que fue. Una línea aérea la une al resto del mundo desde la ciudad de Sao Luis, aparte de los barcos que surcan el Amazonas. Pero es una ruina, una pura ruina, mientras que antes pudo ser una de las ciudades más importantes del mundo. En fin, no lo dudéis. Esto tiene que estar habitado. Encontraremos el embarcadero

Más desfallecidos cada vez, avanzaron hacia el sur por el río, siguiendo la corriente de este. La corriente llevaba al fabuloso río Negro, que atraviesa Moura y se une con el Amazonas precisamente en Manaus. Lógico que hubiese embarcaderos allí. Todo el nordeste del Brasil no podía recorrerse más que siguiendo el curso de los ríos.

Era una tierra salvaje, brava, todavía no dominada.

Una tierra donde todo era posible.

Fue Koster el que lo vio, en un recodo del río.

Lo señaló cuando todavía no era más que un punto imprecisable que se confundía con la turbulencia del agua.

—Allí.

Unos cuantos troncos emergían del curso del río. Cerca de ellos había unas cuantas construcciones de madera. Y un poco más allá, entre los árboles, se adivinaba lo que podía ser el núcleo de una población de apenas cinco docenas de almas.

Pero para ellos resultaba suficiente.

En la situación en que se encontraban, aquella población miserable les parecía tan fastuosa como Londres.

—Vamos... —murmuró Godfrey—. Vamos pronto... Tenemos unas cuantas monedas de plata. Allí podremos comprar comida, ropas y un poco de licor... Yo ya no resisto más.

Fue a echar a correr, pero Ramírez le detuvo.

—Calma, muchacho.

—¿Calma? ¿Por qué? ¿Es que tú no estás muerto de sed y de hambre? ¿No quieres quitarte estos pingajos de encima?

—Seguro. Pero allí habrá algún policía.

—¿Y qué? En el Brasil no hemos cometido ningún delito.

—Eso es cierto —reconoció Ramírez.

—¿Pues a qué perder más tiempo? ¡Vamos...!

Todos se dirigieron hacia allí.

Pero tenían que extremar las precauciones, porque en las cercanías del embarcadero había más caimanes que en ningún otro sitio.

Allí recibían restos de comida arrastrados por el río, y además atrapaban a algún ser humano despistado de cuando en cuando. Generalmente algún pobre niño.

A los guerrilleros les daban asco.

Con gusto hubieran matado a todos los caimanes que habían encontrado en su camino, pero no podían gastar las balas en eso. Además... ¡si al menos los caimanes fueran comestibles!

Se les veía aparecer muy cerca de la orilla, como troncos dormidos. Parecían no estar atentos a nada, y de repente... ¡zas! Sus bocas se abrían y cerraban con la rapidez de máquinas trituradoras. Algún pájaro que se acercaba demasiado al agua, algún pedazo de carroña arrastrada por el río iban a parar enseguida a sus infatigables estómagos.

Fue Koster el que lo vio.

De pronto gritó:

—¡Mirad!

Entre los caimanes que parecían dormidos se había formado un cierto revoloteo. Todos iban hacia el mismo sitio. Todos habían despertado de pronto. Y el sitio al que iban estaba bien claro... ¡avanzaban en círculo hacia un cadáver arrastrado por las aguas!

Ese cadáver, además, tenía algo de especial, algo que lo distinguía de cualquier otro en aquella zona.

Llevaba las ropas del ejército brasileño. Debía ser el único escucha o vigilante que había en el embarcadero. El único que podía transmitir una alarma por telégrafo o representar allí a la ley.

Bigam masculló:

—¿Vosotros creéis que ha caído al agua?

—¡Qué diablos va a caer! ¡Esos tipos conocen el río mejor que los caimanes! ¡Lo han matado y basta!

—¿Quieres decir que... lo han asesinado?

Hubo un silencio entre el grupo de hombres.

Ya no valía la pena que discutieran aquello más.

Los caimanes se estaban tragando “la prueba del delito”. La devoraban en un santiamén, la deshacían materialmente a dentelladas...

Ninguno quiso mirarlo.

Fue Koster el que susurró, con los ojos perdidos en las tablas del embarcadero:

—Vamos...

CAPÍTULO IV

EL embarcadero era un pequeño mundo en el que todo parecía normal. Si el único representante de la ley había muerto asesinado, nadie parecía haberse enterado siquiera. Por lo que se podía divisar desde la inmediata orilla del río, todo estaba en calma.

Los seis hombres se detuvieron.

Ante sus ojos tenían una gran plataforma de madera que estaba sostenida por unos gruesos troncos clavados verticalmente en el fondo fangoso del río. Aquel era el embarcadero propiamente dicho, junto al cual se cobijaban unas cuantas barcuchas miserables y un pequeño yate blanco que en otro sitio no hubiera llamado la atención, pero que allí parecía tan lujoso como el de Onassis. Nada más. Ninguna lancha del Gobierno, y mucho menos uno de esos pequeños cañoneros de río que de vez en cuando surcaban las peligrosas aguas de la Amazonia.

Más allá del embarcadero había unos barracones de madera. Uno debía ser el almacén. El otro, del que brotaban unas músicas, tenía aspecto de ser la cantina. Todo, claro está, destartalado y miserable. Pero a los seis guerrilleros les pareció aquello tan lujoso como la mismísima avenida de los Campos Elíseos.

Tras una zona pelada en la que solo crecían unas hierbas ralas, se alzaban unas cuantas chozas mitad de madera mitad de ramas. Allí debían vivir unos cuantos indios que preferían el contacto del hombre blanco. No todos eran igual, porque de vez en cuando saltaban a las páginas de los periódicos noticias de expediciones enteras pasadas a cuchillo por los indios del Amazonas. Pero estos

debían ser pequeños comerciantes o portadores de las mercancías del embarcadero. El ambiente que se respiraba allí, por supuesto, era triste y miserable.

Pero los seis hombres lanzaron a la vez un suspiro de alivio.

Por fin habían llegado a un sitio civilizado.

Un sitio que daba gloria verlo.

Avanzaron poco a poco, procurando no exhibir demasiado los rifles.

De la cantina asomaron un par de indias. Iban pintarrajeadas y vestidas como las mujeres blancas, pero causaban mitad pena y mitad risa. Debían ser las girls del embarcadero. Llenas, además, de enfermedades hasta las orejas. Hasta para unos hombres como aquellos, que llevaban meses sin ver a una mujer, resultaban casi repulsivas. Todos sintieron que se les secaba la boca.

Un hombre apareció tras ellas. Era un tipo bajito y gordo que iba vestido con un pijama y un jipijapa. Su aspecto era entre cómico y grotesco, pero se movía con la seguridad de una persona de importancia.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Koster mostró las monedas en su mano derecha.

—Necesitamos comida y ropa. Podemos pagarlo todo.

—A ver... Acérquese. Pero cuidado con los rifles. Mi socio les está apuntando desde una de las ventanas.

Todos miraron hacia arriba. Era verdad. Desde una de las ventanas altas del barracón, un tipo que también vestía pijama les estaba apuntando con un viejo “Mauser”.

Un “Mauser” todo lo viejo que se quisiera, pero que a aquella distancia se cargaría al primero que encontrara por delante.

Koster murmuró:

—Cuando hay confianza da gusto.

Había hablado en español, no en portugués. Pero el otro le entendió perfectamente.

—No sabe la clase de gente que se acerca por aquí —dijo el del almacén—. Todos son aventureros e indeseables, mejorando lo presente. ¿De dónde vienen ustedes?

Koster prefirió no mentir.

—Hemos estado luchando en Venezuela.

—¿Guerrilleros?

—Puede decirse que sí.

—Pero ustedes no son venezolanos... Ni americanos siquiera. Solo uno de ustedes —señaló a Ramírez— tiene aspecto de ser de aquí. Los demás son extranjeros, seguro.

—Lo somos.

—Entonces son aventureros.

—Se nos podría llamar así —dijo Sorel—. Aventureros más que guerrilleros. Gente que busca camorra... ¿Pero tiene que hacer tantas preguntas para vendernos una copa de ron, un pedazo de pan y un poco de ropa?

—A ver el dinero. Quiero verlo de cerca.

Koster se lo tendió.

Había bastante para que les atendieran en lo necesario, y él lo sabía.

El comerciante se quedó con las monedas.

—Pasen.

La cantina era sórdida. Había un gramófono de treinta años atrás, que desgranaba las melodías que antes habían oído. Por las paredes se deslizaban unos lagartos enormes, que sin duda habían surgido de los bordes del río Branco.

—El almacén también es mío —explicó el comerciante—. Y las chicas también son mías. Pueden hacer amistad con ellas, si les parece y llegan a un acuerdo.

—Que le aprovechen, amigo.

Las indias se habían acercado a ellos. Estaban elogiando en voz alta sus bíceps, sus musculaturas y sus caras. Seguro que no venían por allí muchos hombres como ellos. ¡Seis a la vez y los seis bien plantados, unos verdaderos atletas! La mayor parte de la “clientela” que traía el río debía consistir en una mezcla de hombres y de sapos. Hubieran hecho amistad con los recién llegados incluso sin cobrar nada. Pero ninguno de ellos parecía dispuesto a hacerles el menor caso.

Bebieron unas copas de ron, comieron y luego pasaron al almacén, donde además pudieron afeitarse. Había ropas de todas clases, algunas de ellas usadas. Una americana que le gustaba a Koster la desechó porque debía haber pertenecido a un muerto.

Aún tenía en la espalda el orificio de la bala.

Por fin escogieron pantalones y camisas que se amoldaban a sus medidas. Al mirarse, ninguno de ellos se reconoció. Tenían la sensación de ir a una boda. En una ciudad civilizada hubieran llamado la atención por zarrapastrosos, pero allí cada uno de ellos parecía un *dandy*.

El cantinero les preguntó:

—¿Van a continuar su camino?

—Seguramente, pero descansaremos antes un par de días aquí. Luego seguiremos por el río.

—Hum... Me temo que no encontrarán barcas. Las de los indígenas no pueden recorrer distancias demasiado largas, ni resisten el peso de más de cuatro hombres.

Koster preguntó:

—¿Y el barco blanco? Hemos visto uno en el amarradero.

—El barco blanco es mío —dijo entonces una vez desde la puerta.

Todos se volvieron hacia allí.

El que acababa de hablar sí que era un *dandy* de verdad. Usaba un traje blanco muy fresco, una camisa azul cielo y una corbata también color blanco que parecía de legítima seda italiana. Su cabeza estaba rematada por un sombrero de paja que también llevaba una ancha cinta azul.

Koster murmuró:

—¿No admite pasajeros?

—No puede ser. Yo voy en dirección opuesta. Yo remonto el curso del río.

—¿Sabe que ese terreno cada vez se hace más peligroso?

—Sí. Ya me han hablado de que son las tierras de Satanás.

Koster parpadeó.

—¿Cómo lo sabe?

—Se dice por ahí. Y se dice también que hay tribus adoradores del diablo.

Todos pensaron en la muchacha muerta, pero no lo dijeron. Solo Shalk reaccionó. Shalk había recordado algo mucho más impórtame, y por eso se precipitó hacia la andrajosa camisa que acababa de quitarse, y que aún estaba sobre una silla.

Extrajo del bolsillo el papel en el que había copiado el tatuaje reproducido en la espalda de la muerta.

Lo guardó en uno de los bolsillos de su camisa nueva.

—Por poco lo olvido —murmuró.

El tipo del traje elegante gruñó:

—¿Qué es eso?

—Nada. Un documento privado.

—¿Por qué quieren descender aguas abajo? ¿Saben que indefectiblemente se encontrarán en el río Negro?

—Claro que sí —dijo Shalk—. Conocemos bien toda la zona.

—¿No les asusta el río Negro? Dicen que es el más peligroso de toda Amazonia. En algunos puntos está lleno de pirañas. Y las pirañas deshacen un hombre en pocos segundos. No dejan más que los huesos.

—Por eso no queríamos ir en una lancha india —murmuró Shalk.

—Lo siento; yo no puedo ayudarles.

—Usted, ¿quién es?

—Formo parte de una expedición científica. Estamos comisionados por UNESCO[1].

A los guerrilleros todo eso de la UNESCO les pareció demasiado rimbombante. No acababan de creerlo. Pero al fin y al cabo, ¿qué les importaba?

El tipo desapareció.

El cantinero dijo con voz sorda:

—Están ahí desde ayer. Tiene que haber otros, pero yo solo he visto a ese tipo. Los demás no bajan.

—¿No había aquí un policía? —murmuró Koster.

—Sí, lo hay.

—¿Dónde está?

—Se habrá ido por ahí, con alguna mujer. De vez en cuando desaparece. Bastante sacrificio representa el vivir aquí. No vamos encima a pedirle cuentas.

Aquellas palabras les bastaron para comprender a todos que la muerte del único policía era ignorada en el embarcadero. No había habido, pues, ninguna bronca, nada que pudiera explicar aquella muerte. Sencillamente se había tratado de un asesinato silencioso.

¿Pero por cuenta de quién? ¿Quizá de aquellos misteriosos pasajeros que se encontraban en el interior del buque blanco?

Sorel murmuró:

—Voy a echar un vistazo.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? Al barco.

—¿Y para qué?

—Me lo dice mi instinto.

—¿Qué es lo que te dice tu instinto de cerdo, si puede saberse?

—Que esos tipos llevan mujeres. No indias perdidas como esas, sino mujeres blancas. Y si las llevan... Hum... Sorel no se queda sin una mujer de esas. Hace más de ocho años que ni siquiera huelo una.

—Te condenaron en Paramaribo por asesinar a una mujer, Sorel —dijo Koster—. No vuelvas a enredarte en un lío parecido. Aunque estemos en la zona más salvaje del Brasil, este es un país donde hay ley.

—Ley... ley... —refunfuñó el ex presidiario—. ¿Y quién demonios va a imponerla?

Salió del barracón.

O, mejor dicho, quiso salir.

Porque inmediatamente se detuvo. Todo su cuerpo se tensó. De su garganta escapó un aullido.

Dio media vuelta sobre sí mismo antes de caer desplomado a tierra.

Y entonces todos lo vieron. Todos vieron el mango del cuchillo que sobresalía de su pecho.

CAPÍTULO V

NORMALMENTE no hubieran tenido tiempo de reaccionar. Todo sucedió tan rápidamente que poco después lo recordarían como una pesadilla.

Pero estaban acostumbrados a la guerrilla y por lo tanto a vivir a salto de mata, con la muerte a la espalda. Se habían visto en encerronas de todas clases. Eso hizo que reaccionaran con el instinto de animales salvajes, pero además con inteligencia de hombres.

En fracciones de segundo, saltaron uno por cada lado. Se dispersaron con tanta rapidez que los dos hombres, que ya les estaban apuntando desde las claraboyas, se encontraron de repente sin blancos contra los que disparar.

Las balas cribaron el lugar donde antes había estado el centro del grupo. Pero ahora allí ya no había nadie.

Cada uno de los guerrilleros rodaba por un sitio distinto del suelo, buscando refugiarse. Las pistolas habían salido a la luz. Eran pistolas de todas marcas, desde la “Browning” a la “Parabellum”, pasando por la “German Luger”. Escupieron plomo salvajemente contra las claraboyas del techo.

Los dos hombres que estaban allí no pudieron retirarse a tiempo. Se oyeron sus gritos desgarradores al ser acribillados materialmente. El que había lanzado el cuchillo desde más allá de la puerta, se acercó.

Este llevaba un arma mucho más eficaz: una pistola ametralladora con culata de alambre. Pero se acercó demasiado, al no saber bien qué ocurría. Eso le resultó fatal.

Shalk, además de disponer de la pistola, ya había recuperado su fusil.

Disparó con él dos balas al vientre de su enemigo.

Este resultó ser un viejo conocido para todos, porque era el hombre del traje elegante y el sombrero de paja. Cayó lanzando un alarido desgarrador mientras intentaba apretar el gatillo de la ametralladora. Dos balas más, estas a la cabeza, hicieron que quedara instantáneamente quieto.

Shalk gritó:

—¡Allí!

Un hombre más corría por el descampado en dirección al río. Llevaba también una pistola ametralladora con culata metálica y se cubría disparando sin ton ni son hacia los barracones. Iba en mangas de camisa, pero inmaculadamente blanca.

Ramírez masculló:

—¡Va hacia el barco!

Y disparó con su “Parabellum”. El fugitivo ofrecía un blanco demasiado claro y demasiado tentador. Le vieron dar una voltereta y quedar tendido en el suelo, entre un charco de sangre.

Ya no se oía nada más.

Un silencio espantoso lo llenaba todo.

Alguien que hubiera tenido la suficiente serenidad para medir el tiempo, se habría dado cuenta de que solo acababa de transcurrir un minuto desde que empezó el tiroteo. Y ya había cinco hombres muertos.

Koster se aproximó a Sorel.

—Está listo —dijo—. El cuchillo le ha atravesado el corazón. Ya nada se puede hacer por él.

Ramírez masculló:

—Pero esto, ¿por qué?

Parecía totalmente desconcertado. Fue el propio cantinero quien le tuvo que dar la respuesta.

—Esos hombres procedían del barco —dijo.

—¿Y qué querían?

—No lo sé. Lo que ha ocurrido no tiene sentido. ¿Ustedes no les habían visto nunca?

—Nunca.

—Pues parece como si... Bueno, como si buscaran algo muy importante que ustedes tienen. Y para tomarlo han querido liquidarles antes, como es frecuente en estas tierras.

—¿Pero qué podían querer? —murmuró Ramírez—. Nosotros no tenemos nada. Ni siquiera dinero...

—Yo os lo diré —musitó Shalk.

Todos se volvieron hacia él.

—¿Qué?

No dijo una palabra porque no quería que el cantinero se enterase. Pero todos sus compañeros lo entendieron solo mirándole. Todos se dieron cuenta de que se refería al plano copiado del tatuaje de la india.

—Tonterías —dijo Koster.

—No, no es ninguna tontería. Y, si no, recordad las circunstancias.

En efecto, el tipo del sombrero de paja había permanecido tranquilo allí hasta que vio a Shalk guardar el plano. No pudo verlo bien, pero seguramente había adivinado lo que era. De pronto había salido, y luego... Bueno, después de aquello estaban vivos por puro milagro.

Shalk murmuró:

—Ahora hemos de devolverles la moneda.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitamos el barco.

—¿Tratas de insinuar que hemos de asaltarlo?

—¿Y por qué no? ¿Qué escrúpulos son esos? En primer lugar, se trata de una simple revancha. En segundo lugar, necesitamos esa embarcación. ¿Qué más? ¿Es que aún he de deciros que sin duda han sido ellos los que han asesinado al policía?

Fue eso lo que les convenció. Más que la necesidad, fue el saber que se estaban enfrentado a una verdadera banda de asesinos.

Koster murmuró:

—Vamos.

Durante un tiempo habían luchado en la guerrilla. Eran aventureros. Fuera de Ramírez, que se guiaba por el odio a los yanquis, los otros estaban desvinculados de los problemas de Sudamérica. No volverían a la guerrilla nunca más. Pero ahora,

¿qué iban a hacer? ¿Qué eran exactamente? ¿Una pandilla de fugitivos? ¿Un grupo de amigos que trataban de salvarse sin hacer daño a nadie? ¿O una tropa de asesinos?

Quizá solo Shalk sabía lo que quería. Quizá era el único que tenía un pensamiento concreto en el cerebro. Por eso ordenó:

—Nos apoderaremos del buque, pero habrá que actuar con cuidado. No va a ser sencillo, ni mucho menos.

—¿Qué pasa?

Shalk miraba desde la puerta, aunque sin asomarse. Desde allí debía ver de refilón el embarcadero y el buque.

—Han instalado una ametralladora en el puente de mando —dijo.

—¿Cuántos son?

—Un solo hombre.

—¿Habrá más abajo?

—No creo. El barco es pequeño. No cabría tanta gente.

Koster decidió:

—Debéis tirotearlo todos desde la puerta, para llamar su atención. Yo subiré al techo con un fusil y...

No hizo falta que añadiera más.

Shalk murmuró:

—Es buena idea.

Unas escaleras verticales, pegadas a la pared, llevaban hasta el tejado, donde había una trampilla. Koster tomó el fusil, se lo colgó a la espalda y subió por allí mientras los demás disparaban desde la puerta, atrayendo la atención del de la ametralladora: este se puso a apretar el gatillo rabiosamente. Las balas, certeramente dirigidas, cribaron las jambas de la puerta. No alcanzaron a ninguno de los apostados allí por verdadera casualidad. Shalk y los otros tuvieron que arrojarse precipitadamente a tierra.

—¡Maldito!

—¡Cómo tira el tío!

—¡Seguid disparando, cuerno! ¡Hay que atraer su atención! ¡No conviene que vea a Koster!

Los fusiles y las pistolas crepitaron de nuevo, llenando el aire de olor a pólvora. Mientras tanto Koster había llegado al tejado, alcanzando la trampilla y saliendo al exterior.

Se hallaba en una posición muy peligrosa.

Si el de la ametralladora le veía y lograba desviar su máquina, estaba listo

Y, en efecto, el de la ametralladora le vio. Trató febrilmente de elevar el tiro. Las balas rasearon el tejado mientras Koster apuntaba con su fusil, sin pestañear siquiera, a pesar de que la muerte silbaba junto a sus orejas.

Sabía que no podía fallar. Tenía que acertar a su enemigo a la primera o estaba perdido.

Envió una bala. Movi6 instantáneamente el cerrojo del viejo fusil y envió otra.

Las dos dieron en el blanco. Una de ellas hizo tambalearse al de la ametralladora, separándole de la máquina. La segunda le atravesó rectamente la cabeza.

Los disparos, abajo, cesaron también.

Y ahora se hizo otra vez aquel silencio angustioso, aquel silencio que al mismo tiempo parecía estar lleno de un susurro de serpientes.

Hasta el soplo del viento había cesado.

Ni las hojas se movían.

Koster no bajó por la escalera. Sencillamente se deslizó del tejado a tierra, cayendo de pie entre sus compañeros, que ya habían salido del barracón.

Shalk masculló:

—Ahora hay que apoderarse del buque. No será difícil.

—Ni fácil.

Todos miraron a Koster, que era el que había hablado.

Koster susurró:

—Del mismo modo que de pronto han surgido una ametralladora y un hombre, puede haber alguien más escondido allí. Si cometemos un solo descuido, como por ejemplo el de avanzar en grupo, nos barrerán a todos con una ráfaga. Es necesario que uno de nosotros trate de entrar primero y los demás le sigan.

—Es una idea razonable —elogió Ramírez—. ¿Pero quién se arriesga a ser el primero en entrar?

—Yo mismo —dijo Koster.

—Tú ya has hecho bastante subiendo al tejado. Te has jugado la vida más que nosotros.

—No importa. Tengo curiosidad por saber lo que hay en ese buque. Cubridme con vuestro fuego si hace falta.

Y no dejó a los demás tiempo para reflexionar. Se dirigió al embarcadero avanzando en zigzag.

Tenía motivos para suponer que le enviarían una bala, pero nada ocurrió. A bordo del yate no se movía nadie. El leve vaivén de las aguas del río lo hacía subir y bajar, obligando también a oscilar a la ametralladora sin dueño. Koster llevaba el fusil cargado y saltó desde el embarcadero a la cubierta. Nadie trató de impedirse.

También el puesto de mando estaba vacío. Nadie se ocupaba del timón.

Koster descendió poco a poco unas escalerillas que llevaban a los camarotes interiores. Lamentaba ahora no llevar una de las pistolas ametralladoras de los muertos. Si se encontraba con dos o tres enemigos a la vez, no tendría tiempo de mover el cerrojo del fusil, después del primer tiro.

Pero no encontró a un enemigo.

O al menos no lo parecía.

Más bien —para decir la verdad— daba la sensación de todo lo contrario.

* * *

La mujer estaba sentada en un pequeño taburete, enfrente de un tocador empotrado en la pared. Hacía algo muy femenino y capaz de obligar a pararse a cualquier hombre: se ponía unas medias.

Parecía no haberse enterado de la muerte que la rodeaba.

Estaba tan tranquila.

Y si aquella mujer le hubiera llamado a Koster la atención en cualquier sitio, aquí le dejó literalmente petrificado. Porque llevaba más de un año sin ver una mujer así. Su belleza le causó tanto impacto que pensó que una mujer así no la había visto nunca.

Entre las campesinas de las selvas de Venezuela y aquella mujer había un mundo de diferencia. Parecían proceder de planetas distintos.

Ella no se inmutó ante la presencia del hombre.

Terminó de ponerse las medias en silencio.

Solo cuando hubo terminado, preguntó con la mayor tranquilidad del mundo:

—¿Quién eres tú?

Hablaba un español suave, con un leve acento extranjero, un acento alemán tal vez.

—Me temo que serás tú la que habrá de darme explicaciones, preciosa —dijo Koster—. En primer lugar, ¿quiénes eran todos los hombres que han salido de aquí?

—Mis amigos.

—Tienes unos amigos muy especiales.

—Nadie puede pedirme cuentas por eso.

—¿Sabes que todos han muerto?

—Lo imagino, desde el momento que tú estás aquí.

—¿De quién es este barco?

—Mío.

—¿Y quiénes sois?

—Trabajamos por cuenta de la UNESCO. Estamos haciendo una investigación sobre las razas aborígenes de esta parte del país.

—Inventa otro cuento, nena. De eso no creo ni la primera palabra.

—¿Por qué no has de creerme?

Y llevó la derecha hacia uno de los cajones del tocador, que por lo visto también servía de mesa de despacho.

—Cuidado, muñeca.

—No temas, no voy a sacar ningún arma. Si hubiese querido sorprenderte, ya lo habría hecho antes. No puedo luchar contra cinco hombres a la vez, de modo que me resigno.

—Nos has visto...

—Sí, os he visto desde uno de los ojos de buey. Y he visto también cómo caían mis amigos. Han sido unos perfectos idiotas.

Acabó de introducir la mano en el cajón.

—Pero a lo que iba —dijo.

Y extrajo un par de cartas, una de las cuales quería ser una credencial de la UNESCO, expedida en París. Koster la leyó sin abandonar la vigilancia. Y sonrió despectivamente. Aquel

documento podía engañar a un guardia fronterizo o a los oficiales de las menguadas guarniciones que vigilaban en aquella zona. Pero no podía engañar a un hombre que conociera las falsificaciones, como él las conocía. Todo el documento era un fraude y encima no demasiado bien hecho. Resultaba más falso que las promesas de Judas.

Se lo devolvió.

—A mí no me engañarás con esto, muñeca. Dime la verdad a qué habéis venido aquí.

Ella se mordió el labio inferior.

—Quizá convenga que empiece por el principio —susurró.

—Empieza.

—Me llamo Vinka y soy alemana.

—Me ha parecido notar lo por tu acento. Sigue.

—Este barco lo compré yo. En eso no te he mentado. Los aventureros que habéis “conocido” hace poco, eran socios míos.

—Querrás decir una pandilla de asesinos, y además no demasiado inteligentes.

—No pude elegir mejor. No todo el mundo está dispuesto a jugarse la piel en los ríos del Roeste brasileño.

—¿Qué pretendéis?

—Explorar todo esto.

—No me dirás que lo haces con un fin puramente científico. No creo en los sabios que empiezan matando por la espalda a un hombre.

Ella sonrió pesarosamente, como disculpándose.

—Trabajamos por un interés —dijo.

—¿Cuál?

—Según una vieja leyenda, aquí están las tierras de Satanás. Es una leyenda avalada además por recientes datos científicos.

Koster se estremeció un momento, aunque la muchacha no llegó a notar lo.

Las tierras de Satanás... Ya había oído varias veces aquel nombre desde que pusieron los pies aguas arriba del río Blanco. Las tierras de Satanás... ¿qué significaba eso? ¿Y por qué la gente tenía interés en llegar a ellas?

—¿Qué buscáis allí? —murmuró.

—¿Y vosotros? —retrucó Vinka.

—Nosotros no nos dirigimos a ese lugar. Volvemos de él.

—Os equivocáis. Todavía estáis en la zona. Incluso se dice que aguas abajo aquello es peor aún.

—¿Peor en qué sentido?

—No se vuelve vivo de allí. Son muchos los que lo han intentado y nadie lo ha conseguido. Hace dos años se organizó una expedición de veinte hombres bien armados. Ninguno de ellos volvió con vida.

—¿Qué buscaban?

—Ya te lo he dicho; el secreto de esas tierras.

—¿Y en qué consiste?

Ella rio nerviosamente.

—¿Por qué me lo preguntas? Lo debes saber mejor que yo.

—¿Dinero?

Ella no tuvo tiempo de contestar.

En ese momento se oyeron pasos en las escaleras. Los hombres que habían quedado en reserva ya empezaban a impacientarse. Y fue Bigam el primero que apareció en el umbral, con una pistola ametralladora bajo el brazo. Abrió míos ojos como platos al ver a la mujer, que todavía no se había cubierto las piernas.

—¡Di... diablos!

—Parece que ella es la dueña de este barco —susurró Koster.

El otro ni le oyó.

Miraba obsesionado las piernas de la alemana.

—Una mujer tan hermosa aquí... Es... es inconcebible...

—No vayas a entusiasmarte demasiado, Bigam.

Él tampoco le oyó.

Como si estuviera hipnotizado, tendió la mano derecha hacia el cuerpo de la mujer.

El fulminante gancho le hizo quedar sentado en la escalera, con la pistola ametralladora sobre las rodillas. Hacía tiempo que Koster no pegaba con tanta fuerza. Se frotó los nudillos que parecían haberse roto a causa del terrible impacto.

Pero la caída de Bigam solo duró unos segundos. No hubieran podido ni contarle hasta diez.

Era un toro.

Se puso en pie de un salto, lanzándose con los puños por delante.

Pero en aquel momento alguien le advirtió desde la escalera:

—Quieto.

Era Shalk.

Shalk no era su jefe. Hasta entonces había sido uno de tantos, un guerrillero más. Pero últimamente algo había cambiado en él. Era el único que parecía saber por dónde iba. Y eso, en aquella tierra desconocida, donde no había fronteras ni horizontes, significaba mucho. Tanto era así que le obedecían de un modo maquinal, instintivo, sin preguntarse por qué.

Bigam se estuvo quieto, limitándose a refunfuñar:

—Ese sucio y asqueroso polaco...

Shalk masculló:

—Ese sucio y asqueroso polaco tiene razón. No vamos a matarnos ahora por una mujer, por bonita que sea. Lo que nos interesa es el barco. Es la única posibilidad que tenemos de llegar a algún sitio civilizado.

—Donde no encontraremos mujeres como esta —refunfuñó Bigam.

—Todo a su tiempo.

—Entonces, ¿qué pretendes hacer?

—Apoderarnos del buque y descender por el río Blanco. Luego ya decidiremos.

Era una idea razonable, de modo que nadie se opuso. Además les interesaba marcharse cuanto antes de un lugar donde habían matado a tantos hombres, y solo por vía fluvial podrían intentarlo. Por tierra los cazarían enseguida como a alimañas, en el supuesto de que no fueran despedazados por los indios salvajes.

Ahora todos los ojos estaban fijos en la mujer.

Ella no se movía. Aquella situación no la alteraba. Diríase que, pese a tanta muerte, le parecía lo más natural del mundo.

—¿Hay provisiones? —murmuró Shalk

—Las suficientes para llegar hasta el río Negro.

—¿Y gasolina?

—También. Además, durante muchas millas no tendremos que

gastarla. Nos bastará dejarnos llevar por las aguas del río.

Koster susurró, admirado:

—Es una mujer razonable. Y parece que no le importa unirse a nosotros.

—Creo que todos buscamos lo mismo —dijo Vinka tranquilamente.

—¿El qué?

—Algo que solo sabe una virgen india...

CAPÍTULO VI

“ALGO que solo sabe una virgen india...”

El pensamiento martilleaba en el cerebro de Koster mientras cuidaba del timón, ya que era el único que sabía navegar e interpretar la carta de profundidades que figuraba en el equipo. Los otros, después de dejar los muertos atrás —incluso el cadáver de Sorel— se habían repartido el trabajo del mejor modo posible. Ramírez y Godfrey se dedicaban a vigilar uno a babor y otro a estribor, procurando que de las orillas del río no les llegara ninguna sorpresa desagradable. Bigam se ocupaba de la radio, y Shalk del motor. A Vinka no la vigilaba nadie; no teniendo ningún arma en su mano no resultaba peligrosa, porque, ¿qué posibilidad tenía de huir? ¿Adónde iba a dirigirse?

Koster navegaba por el centro del río, procurando evitar los bancos de arena y cuidando bien de que el yate —de quilla demasiado profunda— no embarrancase. Pero mientras tanto no se quitaba de la cabeza aquel maldito pensamiento.

¿Una virgen india?

¿Como la que ellos habían encontrado muerta?

¿Con aquel extraño tatuaje en la espalda?

¿Qué significaba?

Koster no llegaba a entenderlo.

Llevaban un día entero navegando, y él apenas había dejado el timón. Tampoco había dejado sus condenados pensamientos, que sin embargo no le llevaban a ninguna parte.

Shalk se acercó a él.

Ahora ya no tenía que ocuparse del motor, puesto que el yate

era sencillamente arrastrado por las aguas. Durante largos minutos permanecieron en silencio, contemplando las orillas irregulares y el movimiento repulsivo de los caimanes que se lanzaban al agua al verlos pasar. Algunos se situaban tan cerca que rozaban el casco con sus colas.

—Sería emocionante un naufragio aquí, ¿eh? —murmuró Koster.

—Con este barco no hay peligro. No sabemos bien la suerte que hemos tenido al encontrarlo.

—¿Sabes una cosa, Shalk? Tengo ya la certeza de que Vinka y los hombres que la acompañaban buscaban exactamente lo que tú ya tienes.

—¿El plano?

—Sí. Lo que había tatuado en la espalda de la muchacha india.

—Lo he imaginado desde el primer momento.

—Shalk, ¿qué significa ese plano?

—Algo que los habitantes de este lugar transmitían de padres a hijos, pero solo dentro del seno de una familia. Una familia elegida, que conservaba ese recuerdo en la piel de una niña. Esa niña estaba luego destinada a ser virgen. Supongo que estaba siempre medio oculta y que solo su familia podía verla.

—¿Quieres decir que ese plano es secreto?

—Desde luego que sí. Los parientes de esa niña eran una especie de sacerdotes, de depositarios del gran misterio. Piensa que ni la propia virgen podía ver el tatuaje, puesto que lo tenía en su espalda. Cuando ella moría, el tatuaje pasaba a otra piel. Así supongo que ha ocurrido durante muchas generaciones, desde antes incluso de que los españoles y los portugueses llegasen a América.

—¿Pero con qué objeto?

—No sé, quizá no tenga sentido —murmuró Shalk—. Lo cierto es que en un incunable del 1500, conservado en la biblioteca de Maguncia, ya se habla de esto. De los tatuajes que llevan a la tierra del diablo.

Koster no quiso dejarse dominar por la brusca sensación de irrealidad que le había acometido. No quiso dejarse sugestionar.

Murmuró:

—Tonterías...

Pero pronto supo que no. Fue entonces, en aquel dramático momento, cuando se dio cuenta de que no lo eran.

CAPÍTULO VII

LA cosa, en realidad, no tenía importancia. Una persona menos atenta que Koster no se hubiese ni fijado en ella. Pero en aquella tierra lisa, en aquella selva espantosamente llana donde solo unos árboles sobresalían más que otros, aquella pequeña montaña era una novedad. Una de esas novedades que uno mira antes de decir: “Fíjate, es hermosa”. Y antes de pasar de largo para olvidarla un minuto más tarde.

Sin embargo, Koster se estremeció.

La montaña pareció entrar en sus ojos como una especie de revelación.

¿Qué le recordaba?

Shalk musitó:

—Vira hacia la orilla.

—¿Vamos a acercarnos?

—Sí.

—¿Piensas lo mismo que yo, Shalk?

El alemán apretó los labios, con la vista fijamente clavada en la pequeña montaña.

—Estaba seguro de que la encontraríamos —musitó.

—Piensas en el tatuaje, ¿verdad?

—Estoy seguro de que esa montaña es la que estaba reproducida allí.

—Pero habrá otras... Habrá docenas de ellas. ¿Por qué tenía que ser precisamente esta?

—Tenemos que comprobarlo.

En la cabina de mando había unos potentes prismáticos, y los dos hombres miraron largo rato con ellos. Pero la montaña estaba demasiado lejos para que pudieran apreciar en ella alguna particularidad. Parecía una cima pelada, batida por el viento.

Koster murmuró:

—No puede ser esa.

—¿Por qué?

—En el plano había una cosa extraña; si lo miras, podrás comprobarlo. Una palmera con las hojas separadas del tronco. Y ahí, ¿dónde diablos está la palmera?

—Nos hallamos a demasiada distancia para distinguirla —dijo secamente el alemán.

—Te equivocas. Una palmera es uno de los árboles más visibles que existen. Con los prismáticos la distinguiríamos perfectamente.

Y añadió con obstinación:

—Vamos a ir hacia allí.

—Tendremos que llevarnos a la chica también. De lo contrario sería capaz de huir con el barco.

—Nos la llevaremos.

Koster no se opuso, a pesar de que la aventura era peligrosa. La verdad era que estaba obsesionado también por la posibilidad de que aquella montaña fuera algo así como la montaña del diablo. Por la posibilidad de que en ella hubiera un secreto transmitido celosamente, de virgen a virgen, desde antes de que los españoles y los portugueses llegaran a América.

Algo de que ya se hablaba en un incunable preparado en Maguncia hacia el año 1500.

Ahora por nada del mundo se hubiera detenido.

—Nos prepararemos —susurró—. ¿A qué distancia calculas que está esa maldita montaña?

—Necesitaría un telémetro para calcularlo exactamente, pero a primera vista yo diría que a unos seis kilómetros.

—Seis kilómetros de selva virgen. Nos ocuparán casi seis horas de marcha. Necesitaremos abrírnos camino con los machetes.

—No importa. El sol está todavía muy alto. Llegaremos allí antes de que anochezca, y si no nos atrevemos a volver de noche, vivaquearemos en la cumbre. No es la primera vez que lo hemos

hecho. Hemos vivido en sitios mil veces peores cuando peleábamos en Venezuela.

Era verdad. Ahora, además, disponían de armas modernas y no estaban fatigados. La aventura no tenía por qué resultar demasiado peligrosa... a menos que se vieran rodeados por una verdadera manada de indios.

Koster se pasó una mano por la boca, preocupado por un pensamiento que no le gustaba en absoluto.

—Imagina que esa zona está guardada —murmuró.

—¿Por quién?

—Por los nativos. Imagina que la consideran zona sagrada. Y no olvides que ni siquiera las expediciones militares han podido penetrar en lugares como ese.

—Peor para ellos. Tenemos metralletas.

—No me gustaría provocar una carnicería —murmuró Koster—, pero dejando aparte eso, ellos podrían permitirnos el paso y luego nadar hasta el barco abandonado, incendiándolo. Entonces estaríamos perdidos.

—Tienes razón. Alguien tendrá que quedarse vigilando con una pistola ametralladora. Propongo que sea Bigam. Es también el más fuerte, por si hay que liarse a puñetazos en cubierta.

—Perfecto.

Los dos hombres abandonaron la cabina de mando. El yate ya había anclado a poca distancia de la orilla, lo justo para no embarrancar. Desde allí se podía vadear el río, pero Bigam, en la cubierta, tendría que vigilar para que los caimanes no se acercaran demasiado.

La expedición estuvo organizada en unos momentos. Vinka no se opuso a que la llevaran consigo. Desde que aquello empezó, sabía que era su prisionera.

Se lanzaron al agua uno tras otro, alzando los brazos para llevar las armas sobre sus cabezas. Varios troncos inmóviles se animaron de repente. Los caimanes avanzaron, primero perezosamente y luego con más rapidez, hacia las que podían ser sus víctimas.

Bigam estaba en cubierta con dos armas. Una era una pistola ametralladora que no le convenía usar en aquellas circunstancias, y la otra un viejo “Mauser” modelo 1898[2], de larguísimo cañón.

Fue esa arma la que empleó, disparando bala a bala. Cada uno de los pesados proyectiles se empotró en la cabeza de un caimán. Los expedicionarios pudieron llegar sin novedad a tierra.

Eran cinco.

Shalk, que iniciaba la marcha.

Koster, que había desmontado la brújula del yate para que les sirviera de orientación, ya que desde la selva no verían para nada la montaña.

La muchacha, que iba inmediatamente detrás de los dos, y que era la única a la que no habían dado un arma.

Ramírez, que llevaba una metralleta.

Y Godfrey, que cerraba el cortejo, llevando entre las manos también un viejo “Mauser”, con el que se sentía capaz de disparar un peine entero en menos de quince segundos.

Bigam permaneció en cubierta, viendo cómo se perdían en la selva. Una espantosa sensación de soledad le dominó. Nunca se había sentido tan solo, en todos los malditos días de su vida. Le parecía que bajo cada ondulación del agua se escondía la cabeza de un indio que llegaba a nado. Tenía la sensación de que desde la selva mil ojos le escrutaban y mil flechas envenenadas estaban prontas a volar hacia él.

Se parapetó, con la metralleta firmemente sujeta entre sus manos.

Los minutos iban transcurriendo interminables.

Nada sucedía.

Mientras tanto los cuatro hombres y la mujer se iban abriendo paso entre la selva a golpes de machetes. El avance se hacía casi imposible en determinados momentos, y el calor era sofocante. Millones de mosquitos se lanzaban sobre ellos en oleadas sucesivas; tenían que cubrirse la cara con una mano mientras lanzaban golpes de machete con la otra. El agua que impregnó sus ropas al saltar al río ya se había evaporado, produciendo unas espesas y sorprendentes columnas de humo.

Ramírez iba lanzando maldiciones.

Él conocía mejor que nadie los peligros de aquella selva.

—Aquí hay centenares de serpientes —mascullaba—. No las distinguimos entre el follaje; las estaríamos pisando y no nos

daríamos cuenta. Son las serpientes coral, poco mayores que gusanos. ¿Quién nos ha metido en esta aventura? ¿No os dais cuenta de que nos podrían liquidar a todos en menos de veinte segundos?

—Hemos pasado por sitios peores —dijo Koster desde delante—. Además, tú has aceptado.

—No imaginaba que la selva sería tan espesa.

—Ahora ya estás metido en el baile. ¿Qué quieres? ¿Volver solo atrás?

Ramírez negó.

No hubiera vuelto solo por nada del mundo. Una simple torcedura de tobillo significaba la muerte, si no había nadie para ponerle en pie.

En silencio, siguieron avanzando.

Ya no se daban cuenta ni de la fatiga ni del paso del tiempo. Se movían como autómatas. Los dos de cabeza eran sustituidos cada cinco minutos, para repartirse mejor el esfuerzo de abrirse camino en la jungla. Al fin la selva se hizo menos espesa y el terreno se endureció.

Estaban entrando en una zona granítica. En las estribaciones de una montaña.

—Ya estamos —murmuró Koster—. A partir de ahora será sencillo.

Y miró su reloj, única reliquia que le quedaba de la guerrilla.

Habían transcurrido cinco horas desde que salieron del yate.

Los brazos les dolían. Los pies les pesaban como si llevaran zapatos de plomo.

Vinka había resistido mejor de lo que esperaban, pero aun así jadeaba cuando iniciaron la ascensión.

Media hora más tarde estaban en la cima de la montaña, desde la que divisaban la selva, el enorme recodo del río y un puntito blanco que era el yate anclado. Al yate, hasta el momento, no le había ocurrido nada.

Pero distinguieron también algo más. Algo que estaba en la cima de aquella montaña y que en apariencia no tenía sentido.

¡El tronco de una palmera! ¡El tronco ya carcomido de una palmera muerta muchas docenas de años antes!

Koster la miró como hipnotizado.

Bruscamente se daba cuenta de algo que al principio no entendió. Se daba cuenta de algo que lo cambiaba todo, y que le hacía sentir como un escalofrío a la vez de entusiasmo y de miedo.

¡El tatuaje representaba una palmera con las hojas separadas del tronco! ¡Claro! ¡Una palmera muerta!...

CAPÍTULO VIII

SHALK había enrojecido de entusiasmo. Sus ojos brillaban casi diabólicamente. Parecía obsesionado.

Aún más obsesionado que Koster.

Con voz ronca balbució:

—Era aquí...

—Sí. Estamos justamente en el sitio que señalaba el plano —dijo Koster con un soplo de voz—. Uno de los lugares más secretos de América. ¿Pero qué significa esto? ¿Qué hay aquí? Además...

Shalk le miraba fijamente, con los ojos todavía brillantes como si en su fondo hubiera un fuego interior.

—¿Además qué...? —murmuró.

—En el plano había algo más. Una estrella sobre la palmera.

Shalk señaló al cielo.

—Las estrellas saldrán —dijo.

Koster sintió un estremecimiento.

Un estremecimiento brusco, que partía del fondo de sus huesos. Como si en el propio aire que respiraban hubiera un secreto que no pudiese describir.

—Hemos de acampar aquí —indicó Shalk—. Esperaremos a que anochezca.

Todos se derrumbaron en torno a la palmera, destrozados por el esfuerzo que habían hecho para llegar hasta allí. Ramírez fue el único que protestó.

—No me gusta esto —dijo en voz baja.

—¿Qué pasa? ¿Crees en la tierra del diablo?

—Y vosotros, en el fondo, también creéis. De lo contrario no estaríais aquí.

—Pero la tierra del diablo no significa nada. En el fondo se trata de una superstición.

—Entonces, ¿por qué la hemos buscado?

Nadie supo contestar a esa pregunta. Era curioso, pero nadie sabía bien lo que buscaba allí. O, si lo sabía, no dejaba que los pensamientos pasaran más allá de sus labios.

Koster cerró un momento los ojos.

Y entonces se dio cuenta de que tenía a la muchacha junto a él. Vinka también parecía derrumbada físicamente. Respiraba poco a poco, como si los pulmones le hicieran daño. Y también cerró un momento los ojos antes de susurrar:

—Esta es una tierra maldita.

—¿Cómo lo sabes?

—La he estudiado. He leído antiguos textos sobre ella. Cuando Brasil fue conquistado por los portugueses, no pudieron llegar hasta aquí. Parece mentira, ¿verdad? ¡Con lo cerca que está del río! Y si alguno pudo llegar aquí, no volvió para contarlo. Durante siglos, esta ha sido una tierra ignorada. Y solo contadísimas personas sabían lo que significaba.

—¿Qué significa?

Koster había hecho la pregunta en voz baja. Tenía las facciones levemente crispadas. Estaba tan interesado por las palabras de Vinka que no se fijaba ni siquiera en la belleza de esta.

—Hay antiguos relatos de gente que llegó aquí —murmuró ella, sin contestar directamente a la pregunta—. Relatos que se encuentran dispersos en algunas bibliotecas especializadas de las Universidades y que nadie lee. Por eso la leyenda de la tierra del diablo, que era muy viva hace dos o tres siglos, se ha ido olvidando poco a poco.

—Sin embargo, Shalk la conocía. Y tú también.

—Porque es algo que a mí me ha inquietado siempre. Y porque alguien, además, me habló de esto.

—¿Quién?

—Un hombre al que iban a ajusticiar. Lo fusilaron a la mañana siguiente en Caracas. Era un asesino, y yo sé por qué lo era. Había

estado aquí.

—¿Eso qué tienes que ver?

—Se trataba de un fugitivo de Cayena —dijo ella con un soplo de voz, sin mirarle, como si hablara consigo misma—. Había vagado por todo el continente, siempre huyendo, hasta que vino a parar aquí. Su relato apareció en algún periódico, pero la gente no supo localizar este sitio. Yo sí, porque yo hablé con él. Era el lugar en que estamos ahora, es decir, la tierra del diablo. El hombre había pasado algunas épocas aquí. Fue suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para convertirse en un asesino.

—¿Es que basta estar aquí para sentir el ansia de matar? —preguntó Koster, sin acertar a entenderlo.

—Sí.

Ella hablaba con una extraña seguridad.

Parecía como si tuviera respuesta para todo.

—Este es un lugar que enloquece —murmuró—. Por eso no deberíamos quedarnos ni un minuto más. Es un lugar maldito.

—Me temo que ya resulta un poco tarde para lamentarlo, Vinka. Sea como sea, estamos aquí. Y no nos marcharemos hasta que hayan salido las estrellas.

Como si aquellas palabras fueran una premonición, Koster miró hacia el cielo, que se iba oscureciendo velozmente.

En el firmamento color púrpura ya empezaban a aparecer los primeros puntitos de luz.

Algo, desde la profundidad de los espacios, les hacía guiños misteriosos e incomprensibles.

Koster miró el tronco muerto de la palmera.

Y entonces lo comprendió. Entonces lo supo, mientras otra vez su espalda era recorrida por aquel escalofrío de miedo.

CAPÍTULO IX

VINKA musitó:

—¿Qué te pasa?

Todos los hombres estaban medio dormidos, destrozados por el cansancio. Hasta el mismo Shalk, antes tan excitado, había acabado por cerrar los ojos.

El silencio era tan absoluto que invitaba a descansar, a olvidarse de todo.

El aire allí era puro. No estaba cargado de las mil miasmas, de las mil humedades distintas de la jungla.

Koster se arrastró poco a poco hacia el tronco.

Parecía obsesionado. Diríase que acababa de tener una revelación.

Vinka musitó:

—Por favor, no quieras ser tú. Olvídalo. No quieras ser tú el que descienda a los abismos.

Pero Koster no la escuchaba.

Se tendió en el suelo, junto al tronco, y miró hacia arriba, hacia el cielo que pesaba sobre su cabeza como una losa color violeta.

La estrella estaba allí.

Exactamente, precisamente, justamente sobre la vertical del tronco.

¿Qué estrella era aquella? ¿Cómo se llamaba? Koster se encogió de hombros insensiblemente. Hubiera tenido que ser astrónomo para saberlo. Pero no importaba. Entre todos los millones de estrellas, resultaba ser la única que caía justamente sobre la vertical

del tronco. Y además, si uno la miraba con detalle, se daba cuenta de que era una estrella única. No se confundía con las demás. Estaba en una especie de hueco, algo apartada de todas. En la inmensidad del espacio, una especie de mar de la tranquilidad y del silencio la cercaba.

Koster clavó sus ojos en ella.

Clavó los ojos con tanta fijeza que llegó a obsesionarse. Porque sabía que aquella estrella iba a moverse. Y que si la perdía de vista —al no tener la referencia del tronco, que apuntaba como un cañón hacia ella— ya no la encontraría nunca más.

No supo cuánto tiempo transcurrió así.

Quizá una hora.

Los demás seguían descansando sin prestar atención a nada. Shalk estaba despierto, pero esperaba a que la luz de las estrellas se hiciera más intensa. No debía saber que tenían que ser vistas casi en el mismo instante en que nacían, porque de lo contrario la posición del firmamento ya habría cambiado. Ahora Koster, que no había separado los ojos de aquella estrella, tenía una pista. Una pista que no tenía nadie más.

Fue deslizándose poco a poco, sin hacer ruido, siempre tendido de espaldas y mirando hacia el cielo infinito.

Llegó a olvidarse de que estaba acompañado.

La sensación de soledad era abrumadora.

A él solo le preocupaba tener la estrella sobre su cabeza, no perder en ningún momento, su vertical con relación a la misma.

Ahora el tronco ya no la encañonaba.

La estrella, estaba un poco más allá.

Y un poco más allá descubrió Koster aquel tronco. Aquel tronco parecía una raíz muerta, pero en realidad estaba clavado en el suelo. Solo él se dio cuenta. Y solo él se dio cuenta también de que en realidad, era como una gran flecha que indicaba un lugar determinado...

El joven miró en torno suyo.

Nadie le prestaba atención.

La misma Vinka, al verle tanto rato quieto —aparentemente quieto— se había desinteresado de él y también había cerrado los ojos, reponiendo energías para cuando tuviesen que volver.

Koster se deslizó en la dirección que parecía indicarle aquella flecha.

Nadie trató de detenerle. Si le vieron, pensaron que iba a atender una necesidad. Sus gestos —o mejor aún su inmovilidad— habían sido tan naturales que no tenían por qué llamar la atención de nadie.

Y se encontró con aquella roca.

Estaba a unos veinte pasos y era la única que sobresalía de la cima pelada. En ella había, una grieta. Era una grieta estrecha y que no llamaba la atención. Tampoco la roca la llamaba. Uno podía pasarse dos años junto a ella y no mirarla siquiera. Solo Koster la miró de un modo especial porque sabía que algo le había guiado hasta allí. E introdujo poco a poco la mano en la grieta, aun sabiendo que se exponía a encontrar en ella un nido de serpientes.

No descubrió nada. O, mejor dicho, descubrió una cosa que no tenía sentido. Había dentro de la grieta una oquedad distinta, algo que parecía haber sido hecho ex profeso para que allí descansara un puño humano. Koster puso su puño allí. Y entonces, al apretar fuertemente, descubrió algo que en principio también parecía incomprendible: ¡la roca se movía!

Eso no tenía sentido, porque era una roca de al menos quinientos kilos de peso. Hubiera hecho falta reunir la fuerza de varios hombres para moverla. Y, sin embargo, Koster la estaba desplazando casi sin esfuerzo.

No era posible que allí hubiera algún resorte, algo que la moviese. No podía ser, si se trataba de una cosa tan antigua.

Hasta que de pronto lo comprendió. El punto en que él tenía apoyado el puño, era justamente el centro de equilibrio de aquella roca. Era el único punto en que se la podía hacer girar sobre su eje y desplazarla sin esfuerzo.

Se dio cuenta de que la roca, al girar, dejaba un pequeño hueco. Una cavidad en el suelo por la que podía pasar, con apuros, un cuerpo delgado y ágil, como el suyo.

El corazón de Koster latía aceleradamente.

Se daba cuenta de que había descubierto algo importante, algo que durante siglos había estado oculto a los ojos humanos. Posiblemente era él el primer hombre que pasaba por allí en trescientos o cuatrocientos años. Nunca, ni en los instantes más

tensos en la lucha de guerrillas, había sentido una emoción semejante.

Se deslizó.

El lugar en que se encontraba quedaba oculto a la vista de los demás, de modo que no podían distinguirlo. Además la oscuridad era ya casi completa. Seguro que en este momento Shalk se había puesto a mirar las estrellas.

Koster se encontró rodeado por la más absoluta oscuridad.

En el hueco al que acababa de tener acceso cabía apenas su cuerpo puesto en pie. Pero allí nacían unos peldaños recortados en la piedra, unos peldaños que se perdían en las profundidades, de las que llegaba un aire caliente y casi fétido.

Koster descendió a tientas.

Aquello producía una sensación angustiosa. Había momentos en que tenía la impresión de haberse metido en su propia tumba.

Y además, ¿no se habría equivocado? ¿No sería todo aquello, al fin y al cabo, una simple casualidad?

No, no lo era.

Su corazón se puso a tamborilear locamente, haciéndole daño dentro del pecho, al comprender que no lo era.

En la especie de gruta a que acababa de llegar, había una pequeña abertura. Por esa abertura, en el techo, entraba la luz, si es que podía llamarse luz a la que enviaba el firmamento nocturno. Seguro que desde el exterior aquel pequeño hueco no se veía porque quedaba oculto entre unas rocas.

Era como la palma de la mano.

Solo se distinguía a través de él... una estrella.

¡La estrella!

¡La única, la inconfundible, la que le había guiado hasta allí! ¡La que estaba un poco separada de las otras!

Koster sintió que se le cortaba la respiración.

¿Qué era aquello? ¿Qué le sucedía? ¿Es que iba a, emocionarse ahora? ¿Él, que había corrido todos los peligros y había visto cien veces cara a cara la muerte?

Pero comprendió que no era la emoción. Lo que le ocurría no era algo que viniese de su propio interior, sino algo que estaba fuera.

No sabía lo que le ocurría.

Pero la cabeza le daba vueltas.

Y de pronto comprendió que era aquel aire.

¡Era algo que estaba dentro de la gruta!

¡Algo que él respiraba!

Se llevó las manos a la cara, mientras intentaba contener la respiración y buscar la salida.

Pero, en la oscuridad, había perdido por completo el sentido de la orientación. No sabía dónde estaba. Tropezó varias veces con las paredes, mientras daba vueltas locamente.

Las rodillas le temblaban.

No comprendía cómo aún estaba en pie.

Aquel aire caliente penetraba más y más en sus pulmones, haciéndole sentir la angustia que antaño producía el cloroformo. Se daba cuenta de que iba a perder el sentido. Sus ojos extraviados no veían nada; solo sombras difusas que iban a confundirse entre las murallas de tinieblas.

Se encontró de pronto en una especie de sala; era un punto en que la gruta se hacía más ancha. No comprendía nada. Le parecía estar viviendo un sueño.

¿De dónde venía aquella especie de luz?

¿O no era una luz?

Todo seguía dando vueltas como en una frenética pesadilla.

Se dio entonces cuenta de que en el techo había otra abertura, una abertura también grande como la palma de la mano, y que desde el exterior no debía distinguirse a causa de estar oculta entre las aristas de las rocas. Pero por allí penetraba la luz de las estrellas; en las noches de luna la claridad debía ser incluso muy notable, porque esa luz se proyectaba sobre un enorme pedazo de cuarzo que había en el suelo, un cristal de roca purísimo y de un descomunal tamaño. Ese cristal reproducía la luz en mil facetas, en mil irisaciones, de tal modo que permitía distinguir los objetos a unos cuantos pasos. Por lo menos eso no era tan difícil para un hombre que ya estuviera acostumbrado a las tinieblas.

Entonces Koster vio algo que no sabía si era o no realidad. Vio los grandes arcones llenos de esmeraldas, de diamantes, de rubíes. Vio las pepitas de oro esparcidas por el suelo y formando un

confuso montón. Vio el tesoro más fabuloso que había visto nunca.

¿O era tal vez imaginación suya?

¿Estaba soñando?

Lo cierto era que no podía aguantar más allí. Aquel olor maléfico había impregnado ya hasta el último rincón de sus pulmones. Parecía como si la sangre no le circulase. Tenía que apoyarse en las paredes de la gruta para no caer pesadamente a tierra.

Por fin le pareció haberse orientado. Sus pies ya no descendían, sino que ascendían. Estaba en una especie de rampa.

Cayó dos veces y dos veces volvió a incorporarse.

Estaba haciendo un titánico esfuerzo, un esfuerzo que acababa con sus energías totalmente. Ya no veía nada; solo se guiaba por el instinto, como hubiera podido guiarse un animal herido.

Entonces vio que su cuerpo estaba encajonado.

Parecía hallarse en el interior de un nicho.

¿Pero no era eso lo mismo que había sentido al entrar allí? ¿No tuvo la sensación de que se enterraba en vida?

Su cerebro, donde apenas había un solo pensamiento claro, le indicó que volvía a encontrarse junto a la salida. Efectivamente, sobre su cabeza se encontraba la roca. Pero la roca, al entrar él y dejar de presionar, había vuelto a su punto de equilibrio, y le tapaba totalmente la salida. ¿Cómo moverla, si para ello hubiera hecho falta la fuerza de cinco hombres?

Buscó febrilmente.

Tenía que haber algo. Tenía que existir algún procedimiento para salir como el que él había encontrado para entrar.

Sus manos palparon febrilmente la superficie rocosa, mientras los pulmones le ardían ya y le hacían lanzar lo que él creía que eran desgarradores gritos, y que en realidad no eran más que leves gruñidos que apenas partían de su garganta.

Por fin halló lo que buscaba. Era una oquedad que parecía haber sido hecha ex profeso para que en ella se apoyara el puño de un hombre. Lo apoyó y empujó con todas sus fuerzas. Le costó mucho más que antes, porque ahora sus energías habían decaído enormemente. Pero notó que la roca empezaba a moverse.

También allí estaba el punto exacto de equilibrio. El único

punto desde el que podía ser desplazada sin gran esfuerzo.

Otra vez vio la luz de las estrellas, al aire libre. Le pareció una luz deslumbradora, aunque otra persona que no se hallara en sus circunstancias apenas hubiera visto nada. Pasó el cuerpo por entre el hueco que quedaba libre y salió al exterior. Notó confusamente que la roca volvía a colocarse por sí misma en el mismo lugar donde estuvo anteriormente.

Trató de volver donde estaban los otros, pero había perdido por completo la noción de la orientación. Daba vueltas sobre sí mismo, con los brazos extendidos como un sonámbulo.

Y de repente algo falló bajo sus pies.

No se había dado cuenta de que estaba al borde de un pequeño precipicio.

Dio una vuelta de campana en el aire, al fallarle también las rodillas, y cayó pesadamente, sin fuerzas ni para lanzar un grito.

CAPÍTULO X

CUANDO recobró el conocimiento, estaba como flotando en el aire. Tardó mucho en darse cuenta de que no flotaba, sino de que descansaba sobre algo que estaba suspendido sobre el suelo y que se movía rítmicamente, lo que le había dado la sensación de flotar.

Una camilla...

De un modo muy precario, sus compañeros habían hecho unas parihuelas con dos troncos y unos pedazos de tela sacados de sus propias camisas. Todos ellos iban con el tronco desnudo, soportando las picaduras implacables de los mosquitos. Los que llevaban las parihuelas en aquel momento, por lo que pudo ver, eran Godfrey y Ramírez. Shalk abría camino por el mismo lugar que habían empleado para pasar el día anterior, aunque también tenía que emplear el machete porque en parte la selva había devorado el camino ya, cubriéndolo en pocas horas.

Los ojos entreabiertos de Koster miraban a todas partes.

Sus compañeros aún no se habían dado cuenta de que estaba recobrando el conocimiento.

Su cerebro, aunque lentamente, volvía a funcionar.

Se daba cuenta de que estaban ya en el siguiente día. Porque el sol volvía a picar. Parecía mentira, pero un pensamiento tan elemental le costó un terrible esfuerzo. Volvían hacia el yate por el mismo lugar que habían empleado para llegar a la montaña.

Trató de decir algo, pero no pudo.

Volvió a perder el sentido.

Cuando lo recobró de nuevo, ya subían con él al barco, después de vadear penosamente un pequeño sector de río. Bigam, que se frotaba los ojos cargados de sueño, lanzaba maldiciones en voz alta.

—He pasado toda la noche vigilando. Ya no puedo más... Oía ruidos por todas partes... ¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Y qué cuerno le pasa a ese?

—Lo encontramos al pie de un barranco. No se había matado por casualidad —dijo una voz femenina.

Entonces se dio cuenta Koster de que Vinka les seguía. Vinka era la única que no se había quitado la camisa. Caminaba ágilmente por cubierta, mientras a él lo depositaban en el suelo.

Shalk preguntaba a Bigam:

—¿No ha ocurrido nada? ¿Nadie se ha acercado por aquí?

—No; todo ha estado tranquilo. ¿Y vosotros?

—Hemos perdido el tiempo —masculló Shalk.

Entonces fue cuando se dio cuenta Koster de que los demás no habían descubierto nada. Intentó hablar, pero le faltaban fuerzas hasta para eso. También le faltaban fuerzas para abrir del todo los ojos.

Era incomprensible.

La caída no había sido tan fuerte. Al parecer, no tenía nada roto. Entonces, ¿qué le ocurría?? ¿A qué era debida aquella espantosa debilidad que parecía surgir del fondo de sí mismo?

—Hay que llevarle a uno de los camarotes —dijo alguien.

—¿Qué le pasa?

—No lo sabemos. Parece que no tiene nada roto, pero la caída le ha debido producir conmoción cerebral. También ha estado escupiendo sangre.

Koster notó que le bajaban por las escalerillas.

Abajo había tres camarotes. En dos de ellos se habían acomodado los aventureros, durante las noches que pasaron navegando, y en el tercero había descansado Vinka. Koster notó que le introducían en este último, que era el mejor. Notó también que la muchacha se sentaba junto a él, una vez los “camilleros” abandonaron la pieza.

Se oían como si llegaran desde una distancia enorme las órdenes dadas en cubierta.

—¡Vamos a largarnos de aquí!

—¡Tú, Bigam, iza el ancla antes de ir a descansar un rato! ¡Zarparemos en cuanto sea posible! ¡Ramírez! ¡Mira a ver cómo estamos de fuel para el motor!

Era la voz de Shalk.

A veces se oía muy cerca; a veces terriblemente lejos...

Vinka musitó:

—Has recobrado el sentido, ¿verdad?

—Sí, pero apenas puedo... hablar...

—Te daría un poco de licor, pero temo que te sentara mal. Has vomitado sangre.

—No es posible... La caída no fue tan mala.

—Eso es lo que me extraña —dijo Vinka—. Nada tiene sentido. ¿Qué te ocurría en realidad?

Koster trató de hablar, pero las fuerzas le fallaban.

Además ella no le creería.

—Y vosotros, ¿qué habéis descubierto?

Era él quien había hecho la pregunta.

—Nada.

—¿Nada...?

—Nos pasamos la noche allí. Shalk miraba las estrellas como si las fuera contando. Pero nada... Luego empezó a dar vueltas por los alrededores con la misma inutilidad. Al amanecer empezamos a buscarte por todas partes.

Koster cerró los ojos.

De modo que era él el único que conocía el extraño secreto...

—Te encontramos en el fondo de un barranco —continuó Vinka en voz baja—. Habías caído desde unos diez metros de altura. Pudiste haberte matado si el suelo no llega a ser tan blando y a estar lleno de hojarasca. También tuviste suerte en otra cosa: había dos serpientes venenosas junto a ti. Hubimos de matarlas a balazos antes de bajar. Si no te mordieron fue por lo quieto que estabas. ¿Pero qué es lo que te sucedió? ¿Por qué escupías sangre y por qué daba la sensación de que te habían destrozado por dentro? ¿Dónde te metiste?

Koster seguía sin fuerzas para contestar.

Las ideas se le iban.

—Es curioso —murmuró Vinka como si hablara consigo misma —, pero algo semejante le ocurría al condenado a muerte que te mencioné. Al hombre a quien fusilaron en Caracas... También él parecía destrozado por dentro. Y también él parecía ausente de todo, como tú lo estás ahora.

—¿Por qué te permitieron hablar con él? —susurró Koster—. ¿Cuál fue la razón? No se permite hablar así como así con los condenados a muerte.

—¿Por qué preguntas eso?

—No sé... Se me ha ocurrido de repente.

Vinka musitó:

—Él me habló de la vieja leyenda. Todos los que entran allí... sienten deseos de matar.

—¿Allí? ¿Qué es allí?

Koster sabía perfectamente a qué se refería Vinka. Pero ella no podía saber nada, no podía estar enterada de que Koster conocía el secreto de la montaña solitaria y de la palmera muerta. Ni sabía tampoco cuáles eran las intenciones de Vinka. Por eso siguió practicando el juego del gato y el ratón.

—Supongo que allí es el lugar donde entró el condenado a muerte —continuó Vinka—. Había matado a dos hombres sin que se supiera la razón. Había matado al parecer, por simple ansia de matar. Al menos eso se decía de él en la sentencia.

—¿Pero qué ocurre? —musitó Koster—. ¿Es que solo por el hecho de entrar en ese lugar uno se vuelve loco?

—Parece que así es.

Él cerró los ojos.

—¿Tú entraste en el lugar? —preguntó Vinka—. ¿Tú lo descubriste?

—No. Yo solo caí desde lo alto de una barranca. Debí darme un mal golpe. Luego no me acuerdo de lo que sucedió.

Notaron una crepitación.

El motor funcionaba. El yate empezaba a moverse.

—Ten cuidado, Koster —musitó ella.

—¿Cuidado de qué?

—De ti mismo.

—No veo la razón.

—Puedes haberte convertido en un asesino... sin saberlo.

El joven movió las manos. Se sentía algo más fuerte, pero no demasiado. Trató de reír.

—Todos nos hemos trastornado un poco, Vinka —susurró—. Todos... ¿Adónde vamos ahora?

—Río abajo.

—¿Por qué?

—Todos lo hemos decidido así. Era Shalk el que nos retenía, y Shalk ya no tiene interés en permanecer en este lugar. Iremos hasta Moura y luego hasta Manaus, siempre río abajo. Desde Manaus hay líneas aéreas que nos unirán con cualquier lugar del continente.

—Eso es muy sencillo en apariencia, ¿pero ya te han explicado de dónde venimos nosotros?

—¿Y eso qué importa? Todos tenéis documentación, ¿verdad?

—Sí.

—Pues es suficiente.

—¿Y dinero? ¿Es que en Manaus regalan los pasajes aéreos?

—Venderé este yate. Allí hay un buen mercado. Es un sitio excelente para desprenderse de una embarcación como esta. Me la pagarán bien.

—¿Y tú te quedarás sin ella? ¿Por qué habías de hacer ese sacrificio por nosotros?

—Porque lo importante es huir de aquí. No olvides que en el sitio donde nos conocimos acababais de matar a un enjambre de hombres. ¿Por qué no pueden culparme a mí de lo ocurrido? Es urgente que abandonemos el Brasil. Muy urgente. Antes de que se descubra todo, tenemos que estar fuera del país.

Koster asintió.

Había dicho solo unas cuantas palabras, lo cual no significaba en teoría ningún esfuerzo. Pero sin embargo las energías volvían a fallarle. Estaba deshecho. Los pulmones le quemaban otra vez, como cuando se encontró en la gruta.

—Shalk tenía mucho interés en descubrir... el significado de aquel plano —dijo con un soplo de voz.

—Es verdad —accedió Vinka.

—¿Y por qué... se larga ahora?

—Está asustado; está asustado como todos nosotros.

Vinka se puso en pie.

Era majestuosa, era soberbia.

Era una mujer que hubiera llamado la atención en París, Roma y Varsovia... Mucho más tenía que llamarla en aquellas selvas donde resultaba desconocida la auténtica belleza femenina.

Pero Koster se sentía demasiado débil para admirarla.

Ella se dirigió hacia la puerta.

—No quiero cansarte —dijo—. Veo que los ojos se te nublan. Vas a perder el sentido otra vez.

—Quizá...

—Ten cuidado, Koster.

—¿Cuidado? ¿Por qué?

—Puede que sientas deseos de matar a alguien.

—¿Matar a alguien? ¡Qué tontería!

—Si necesitaras ayuda, no vaciles en pedírmela. Yo trataré de estar a tu lado, Koster. Yo te ayudaré.

Y cerró la puerta, saliendo.

Koster, con los ojos cerrados, pensaba febrilmente. Se daba cuenta de que estaba en un mundo absurdo y sin sentido. Pero había algunas cosas reales, algunas cosas que no podía ignorar. Por ejemplo aquella gruta... Las fabulosas riquezas que creyó entrever en ella. ¿O quizá las había soñado? Y aquel olor especial, aquel olor entre fétido y dulzón, aquel aire desconocido que aún parecía quemarle los pulmones por dentro...

Una sensación de progresiva debilidad se fue apoderando nuevamente de él.

Su cabeza cayó a un lado mientras otra vez todo en torno suyo volvía a dar vueltas lentísimas, vueltas, vueltas...

CAPÍTULO XI

CUANDO despertó, no estaba en la litera donde le habían tendido por la mañana. No estaba tampoco en el camarote de Vinka. Se encontraba en el sitio más inesperado del mundo. Cuando despertó, él gateaba materialmente por cubierta.

Le dominaba una muda sensación de horror.

Estaba huyendo de algo, de algo que le helaba la sangre, que le destrozaba los nervios...

¿Huir? ¿Pero por qué? ¿Y de qué?

Koster no lo sabía.

Solo presentía de una forma confusa solo intuía que no iba a poder mirar hacia atrás.

Alzó un poco la cabeza, mientras trataba de ponerse en pie.

Las piernas le pesaban como si fueran de plomo.

Rodó sobre cubierta, mientras miraba hacia arriba, hacia los millones de estrellas.

No supo distinguir la que había guiado la noche anterior. Ahora todas las estrellas eran iguales y todas estaban juntas. Sin el tronco de la palmera que apuntaba directamente a una de ellas, le era imposible distinguirla.

Ya debía ser muy tarde.

Por la altura de la luna, que esa noche brillaba muy intensamente, el joven dedujo que debían ser las dos de la madrugada.

Y dedujo también algo mucho más intranquilizador para él. Si estaba allí, si no le había transportado nadie, era porque acababa

de sufrir una crisis de sonambulismo.

Eso era increíble.

Jamás en la vida le había ocurrido una cosa semejante.

Él tenía los nervios templados. No había sido sonámbulo nunca. Pero entonces, ¿por qué estaba allí? ¿Cómo había llegado hasta la cubierta sin darse cuenta?

Además tenía miedo.

Un miedo que le llegaba hasta el fondo de los huesos y que no era por nada que pudiera ocurrirle a él. Era miedo por algo que ya había ocurrido.

Miró entonces atrás.

Tuvo que hacer un esfuerzo indecible, porque algo se resistía en él efectuar aquel sencillo gesto. Sabía que mirando hacia atrás encontraría algo horrible. Y, en efecto, vio algo que le hizo lanzar un respingo. Vio el cuerpo de un hombre tendido sobre las tablas de la cubierta.

Se acercó, siempre a gatas.

Era Ramírez.

Ramírez estaba muerto. Le habían clavado un fino estilete en la nuca, de un modo tan certero que ya no brotaba sangre. Apenas unas gotas habían manchado las tablas. Ramírez tenía los ojos abiertos y clavados en el cielo. Su expresión era tranquila; no debía haber sentido ningún dolor. No debía haberse dado cuenta de que moría.

Koster se pasó una mano por la frente.

Estaba sudando como un condenado. Las gotas de sudor casi le tapaban los ojos.

Miró como obsesionado aquel estilete.

Había visto otros parecidos en la cabina de mando. Había allí una caja con instrumentos para disecar animales; por lo visto el yate estaba equipado para servir a alguna expedición científica. Recordaba haber visto bisturíes y dos estiletes. Uno lo tenía clavado Ramírez en la nuca. ¿Y el otro...?

La derecha de Koster tembló al rozarlo.

Al rozar aquella hoja de acero que aún descansaba en uno de sus bolsillos.

CAPÍTULO XII

EL sudor que cubría las facciones de Koster era como una masa helada. Las manos le temblaban. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sacar el estilete del bolsillo, como si levantara una enorme piedra. Lo miró a la luz de la luna.

Era uno de los que balda visto antes en la caja. Exactamente igual que el que estaba clavado en la nuca del muerto.

Koster, que había intentado incorporarse, cayó de nuevo de rodillas sobre cubierta.

El silencio solo era roto por el rumor del agua al rozar la quilla. No había ninguna luz más que en la cabina de mando, donde distinguía confusamente la espalda de un hombre. Ese hombre, si no se equivocaba, era Shalk, que estaba llevando el timón.

El yate descendía a poca velocidad por el centro del río, que se iba haciendo más y más ancho. Los dos sectores de selva eran como dos enormes manchas negras uno a cada lado. Por otra parte, en el pequeño buque no se apreciaba el menor movimiento.

Todos tenían que estar descansando.

Koster oyó el castañeteo de sus propios dientes y le pareció un sonido extraño, un sonido que llegara desde una inmensa distancia.

Se daba cuenta de algo en lo que no quería pensar: a Ramírez lo había matado él. Lo había asesinado sin darse cuenta y sin ser moralmente responsable, pero él era el asesino. Podía darse a sí mismo las disculpas que quisiera. Pero era él.

Comprendió que afrontar la situación se le iba a hacer imposible. No tendría fuerzas para dar explicaciones a los otros. Y además ¿qué explicaciones? ¿Qué infiernos diría?

Su voluntad casi no intervino en aquello.

Sus manos empujaron a Ramírez como si les guiara una fuerza ajena. No fue nada difícil. Por el contrario, resultó asquerosamente fácil.

El cadáver pasó por debajo de la barandilla y fue a hundirse en las aguas con un breve chapoteo.

Nadie se enteró de nada, excepto el propio Koster.

Dentro de media hora el cadáver de Ramírez ya no existiría. Los caimanes y quién sabe si las pirañas se habrían encargado de él. Hasta sus huesos se desparramarían en las márgenes del río...

El yate viró un poco.

Ahora tomaban un agudo recodo.

Unas gotas gruesas, calientes, enormes, empezaron a caer sobre cubierta. Era una típica lluvia tropical que duraría un par de horas. Koster se deslizó escaleras abajo.

Poco después se había derrumbado de nuevo sobre la litera. Sudaba como un condenado. Buscó a tientas la botella de licor que sabía que Vinka tenía allí, y la suerte le acompañó. Dio con ella. Poco después caía de costado, como un tronco, insensible a todo, mientras la botella vacía resbalaba por debajo de la litera.

* * *

Llevaban así varios días. Koster no sabía cuántos. ¿Tres, cuatro? Solo sabía que habían pasado por un pequeño lugar llamado Sao Francisco, porque recordaba unas cuantas casuchas vistas desde el ojo de buey. Y sabía también, por haberlo oído anunciar a gritos en cubierta, que se aproximaban a la confluencia con el río Negro...

Todos aquellos días habían sido una pesadilla para él. Pero afortunadamente una pesadilla de la que ya no guardaba memoria.

La fiebre le había dominado.

Había vivido en una, especie de delirio del que no recordaba más que imágenes fugitivas y palabras sueltas.

Por fin aquella mañana se sintió mejor.

Era como resucitar. Sus piernas ase asentaban sólidamente en el suelo. Le parecía haber recobrado todas sus fuerzas.

Se puso en pie, pero entonces la cabeza le dio vueltas.

Claro, no había tomado alimento en varios días... Quizá le

habían dado algo de caldo o zumos de fruta, pero eso era bien poco. Tuvo que colgarse casi de la barandilla para no rodar escaleras abajo.

En cubierta, el aire fresco le reanimó.

El espectáculo era majestuoso.

La selva se había apartado, para dejar paso a un río que era un verdadero mar. Koster, que no había visto nunca el Amazonas, pensaba que ese río, el mayor del mundo tenía que ser así. Pero no estaban en el Amazonas, sino sencillamente en uno de sus afluentes, el río Negro. Acababan de desembocar en él. Las dos corrientes, al juntarse producían remolinos enormes, en los que el yate bamboleaba. El hombre que estaba a cargo del timón no debía ser un experto, porque no conseguía soslayarlos. Las cabezadas que daba el yate resultaban estremecedoras.

Por fin alguien le ayudó a sostenerse.

Era Godfrey.

—Vaya... —dijo—. El resucitado...

Vinka también vino hacia él, apoyándose en la barandilla para no caer.

—Ten cuidado con él, Godfrey.

—No te preocupes. Parece que está mejor.

—¿Quién está al timón? —masculló Koster.

—Shalk.

—Se está metiendo entre los remolinos. Nos va a hacer zozobrar, el maldito.

—No te preocupes; hemos tenido suerte y ya salimos. Ya estamos en el río Negro.

En apariencia lo que quedaba era sencillo.

Para llegar a Moura bastaba con dejarse llevar por las aguas.

Vinka musitó:

—¿Qué te ha ocurrido, Koster?

—No lo sé... Eso tenéis que decírmelo vosotros. ¿Qué me ha ocurrido?

—Has estado con fiebre muy alta durante dos días. Creíamos que ya no tenías remedio.

—¿He delirado?

—¿Por qué?

—Quiero decir... si hablaba.

Vinka le miraba significativamente.

¿Adivinaba algo? ¿Sospechaba la verdad? ¿O simplemente aquel era su modo de mirar?

—No, no has dicho una palabra —musitó.

—¿Vamos hacia Manaus?

—Sí. Trataremos de llegar allí.

—¿Ha... habido alguna novedad? Quiero decir si han ocurrido cosas importantes mientras yo estaba abajo, con la fiebre.

Koster aún confiaba en que lo de Ramírez fuera un maldito sueño. Pero la voz de Godfrey le desengañó.

—Ha desaparecido uno de nosotros.

—¿Ramírez...?

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, es que... como no lo veo...

Godfrey no dio importancia al desliz. Dijo con voz indiferente:

—Lo buscamos por todas partes... Llegamos a la conclusión de que se durmió y cayó al agua. Los caimanes darían buena cuenta de él. Es una lástima. Después de haber escapado de tantas emboscadas... ¿Pero qué miras, Koster?

Este, como obsesionado, había clavado los ojos en las tablas de la cubierta.

Estaba en el sitio exacto donde Ramírez quedó muerto. El sitio donde además hubo aquella noche una mancha de sangre.

Pero ahora la mancha de sangre ya no existía.

—Nada... No miro nada —murmuró.

Ahora recordaba la lluvia tropical de aquella noche. La lluvia tropical que había durado varias horas y que limpió sin duda la sangre fresca de Ramírez no quedaba ningún rastro. Casi ni el recuerdo...

—¿Qué te pasa? —insistió Godfrey.

—Nada...

—Al llegar a Moura haremos que te vea un médico. Tenemos la ciudad ya a muy poca distancia.

—Sí —dijo Vinka, que parecía conocer aquello—. Ya veo al otro lado la población de Carvoeiro.

Era un pequeño núcleo habitado hacia el que parecían ir a dirigirse, pero en realidad el barco viraba. Entraban en lo que parecía ser un verdadero mar. Y según las cartas fluviales que Koster había visto en la cabina de mando, la anchura aún era más enorme entre Moura y Manaus, cuando se dejaba atrás la población de Airao y la confluencia con el río Jaú. Estaban en un mundo desconocido, un mundo tan majestuoso, tan bello, tan solemne dentro de su simplicidad que ahogaba todos los pensamientos. Uno se anonadaba, se sentía insignificante. Solo tenía ojos para mirar. Incluso Koster se olvidó de la muerte de Ramírez.

La voz de Vinka le volvió a la realidad.

—Ven. Tienes que comer algo.

—¿Qué tal andamos de provisiones?

—Bien. La bodega iba casi repleta.

Descendieron a un pequeño compartimento que servía de comedor y cocina. Vinka puso a calentar una lata de carne. Un aroma apetitoso se extendió por la pieza. Incluso había cerveza y un poco de galleta. Era un banquete.

Koster comió. Quería olvidarse de todo. Quería pensar que lo sucedido unas noches atrás había sido un maldito sueño.

Pero no podía.

Los últimos bocados ya se le hicieron insoportables.

—¿Qué te pasa, Koster?

Él dejó caer las manos sobre la mesa, sin fuerzas.

Tenía que decirlo. A Vinka no podía engañarla. Era mejor confesar que resultaba un peligro para todos y que tenían que desprenderse de él.

—Cuando lleguemos a Moura —susurró—, entregadme a la policía.

—¿Por qué?

—Yo maté a Ramírez.

Las palabras habían surgido secamente de su boca. Ya estaba dicho; lo difícil ya estaba hecho.

Miró a Vinka con ojos obsesionados, como si esperara que ella le abofetease, que le insultara, que le echase en cara todo su desprecio.

Pero Vinka se limitó a decir con voz helada:

—Lo sabía, Koster. Ya te lo dije. Y sé que matarás a otros.

CAPÍTULO XIII

HUBO un momento de espeso silencio, un silencio hostil, macizo, que parecía poder ser cortado con un cuchillo.

Koster había dejado definitivamente los restos de comida. Sus facciones tenían una palidez extrema. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para mantenerse sereno, para sonreír incluso.

—Por eso te pido que me entregues a la policía —musitó—. No quiero que aquello se repita.

—¿Sabes lo que ocurrirá?

—Sí. Me considerarán un asesino loco y me encerrarán en la cárcel o el manicomio para toda la vida. No sé qué es peor.

—Sin embargo tú no eres un asesino.

La sonrisa de Koster, que pretendía ser animosa, se hizo terriblemente amarga.

—¿No lo soy? ¿Eso piensas? También a mí me gustaría creerlo, pero los hechos son los hechos. ¡Y no obstante no recuerdo nada, absolutamente nada!

—Es como una maldición —susurró Vinka.

—¿Una maldición?

—Entraste en un lugar donde no debiste haber entrado jamás.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo supongo, pero a la vista de lo que ha sucedido, la cosa está clara para mí.

Se levantó y sirvió en dos vasos un poco de licor. Ambos lo necesitaban. Cuando hubieron bebido unos sorbos, Vinka continuó:

—Muy pocas personas conocen ese lugar. Tú debiste verlo,

Koster. Quizá lo viste por casualidad. ¿Pero qué había en él? ¿Oro? ¿Piedras preciosas? Una auténtica fortuna, ¿verdad?

Él no contestó en el primer momento. Se preguntaba si tenía derecho a ser sincero con ella. Pero después de lo que había sucedido, ¿por qué no?

—Quizá seas la única persona en la que puedo confiar —musitó—. Lamentaría equivocarme en eso también.

—Puedes hablarme con tranquilidad. Lo que oiga no volverá a salir de mis labios.

—Está bien, te diré lo que vi. Era casi como un sueño. Aun ahora me parece irreal... Aquella luz que parecía desprenderse del cristal de cuarzo, aquella luz tan extraña... Y lo que había allí dentro... Tengo la sensación de que llegué a alucinarme.

—¿Pero qué había?

—Unos viejos arcones todos de madera. No tenían ni ajustes de hierro, lo cual indicaba lo viejísimos que eran. Estaban llenos a rebosar de piedras preciosas. De esmeraldas sobre todo... Me pareció que todas las esmeraldas del mundo estaban allí. Y también oro en pepitas, tal como quedan al decantar las arenas auríferas en los ríos. Había allí kilos y kilos de pepitas de oro. Nunca había visto tanta riqueza junta ni la volveré a ver. Lo extraño es que no la deseé. Desde que entré allí me pareció estar viviendo un sueño. Por eso te digo que a veces tengo la sensación de que aquello fue una alucinación y nada más.

Ella bebió otro sorbo de licor.

Tenía los ojos fijamente clavados en Koster.

—No, no lo fue —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también había oído hablar de ese tesoro. Se le cita en viejísimos libros de viajeros que hace siglos llegaron hasta aquí. Permaneció ignorado más tarde durante dos centenares de años, hasta que unos trabajos de investigación realizados ya en el siglo XX permitieron dar de nuevo con esa historia.

—¿Tú también ibas a buscarlo? —musitó Koster.

—Yo iba porque me lo mandó una persona.

—¿Qué persona?

—Lo siento. No puedo hablarte de ella.

—Pero no debías ir desinteresadamente. No me lo harás creer. Te acompañaba una verdadera cuadrilla de asesinos.

—Venían a la fuerza conmigo.

—¿A la fuerza?

—Sí. Fueron los mismos por cuya causa murió la persona que me había mandado venir.

—No acabo de entenderte.

—Me entenderás si te explico simplemente esto: yo tenía este yate y pensaba llegar hasta la montaña, si es que la descubría.

—¿Es que tú conocías la existencia de esa montaña con la palmera muerta en su cima? ¿Habías visto el plano tatuado en la espalda de ciertas vírgenes indias?

—Sí.

—¿Cómo llegaste a verlo?

—Ese es asunto mío.

—No me ayudas mucho, Vinka. No puede decirse que estés hablando con demasiada claridad.

—Te estoy diciendo todo lo que puedo decirte, Koster. Más allá no puedo ir porque traicionaría el juramento que hice a cierta persona. El tesoro que viste es de origen puramente religioso, e incluso hoy día conserva ese carácter con tanta pureza como el día en que fue reunido. Cuando esta zona del Brasil fue colonizada —y no olvides que al principio todo eran bandas de aventureros—, existía a orillas del río Blanco uno de los templos más prodigiosos de América. Todo el oro, todas las riquezas de varias generaciones precolombinas habían sido reunidos allí. Cuando los nativos se dieron cuenta de que podía caer en manos de tales indeseables, lo ocultaron. El lugar del escondite se mantuvo secreto, tan secreto que su identificación fue encargada a los astrónomos y matemáticos del templo, algunos de los cuales tenían ya una calidad envidiable. Solo poquísimas personas, y muy elegidas, podían saber aquello. Por eso el plano fue tatuado en la espalda de determinadas muchachas que debían permanecer ocultas y vírgenes toda su vida, sin mostrarse a nadie. Al llegar a cierta edad, el sacerdote del templo escogía la muchachita a la que también debía ser tatuado el plano, a fin de que la tradición se perpetuara. Cuando esas vírgenes morían, sus cadáveres eran incinerados a fin de que nadie pudiera

arrancar ciertas zonas de su piel.

Koster, más extrañado cada vez, murmuró:

—¿Tú cómo sabes eso?

—Ya te he dicho que hay viejísimos libros de viajeros, libros perdidos en archivos y bibliotecas, que hablan de esa historia. Unos dan detalles dispersos de una clase; otros dan detalles de otra. Del conjunto de todos ellos, se puede llegar a formar una idea coherente.

—Lo comprendo. Sigue.

—Yo tenía que encontrar ese tesoro, aunque no para llevármelo. Ya te he dicho que conocía la clave para localizarlo. ¿Por qué? Eso es lo que no te puedo revelar, aunque sin embargo, ¡resulta tan sencillo! Compré este yate y me dispuse a remontar el río Blanco, partiendo de Manaus.

—¿Tú sola? ¡Es imposible!

—No, me acompañarían otras dos mujeres. El manejo de este yate es sencillo y no necesitaba la presencia de nadie más.

—¿Qué ocurrió con ellas?

—Un grupo de aventureros nos esperaba en Manaus. Ellos, llevaban meses detrás de la pista de aquella fortuna, una pista que se les escapaba una y otra vez. Entonces nos vieron a nosotras. Una mirada les resultó suficiente para saber adónde yo iba.

—¿Una mirada... a ti?

—Sí.

—¿Y qué se puede sacar de mirarte una sola vez, salvo saber que eres muy bonita?

Ella no contestó.

Soslayó el tema para decir:

—Asesinaron a las otras dos muchachas y me conservaron a mí. A mí me necesitaban... Remontamos, el río en mi yate, yo en calidad de prisionera. En aquel embarcadero, se apearon para comprar provisiones, dejándome a mí vigilada por uno de los rufianes. Fue el que más tarde murió al pie de la ametralladora. Pero en tierra debieron enterarse de que vosotros también teníais un plano y buscabais lo mismo que ellos. Fue entonces cuando se originó la pelea, ¿no? En cuanto al resto, ¿qué puedo decirte?

Koster terminó su licor.

Se sentía anonadado. Con lo que le había explicado la muchacha veía, al menos, una parte de las cosas claras. Pero lo que no entendía era lo que le había ocurrido a él.

—¿Por qué asesinar? —musitó—. ¿Por qué asesinar a hombres a los que apreciaba? Tal vez yo haya matado en la guerrilla, porque no todas las balas se pierden, pero lo he hecho en pelea franca. Enfrente de mí había unos hombres que estaban mejor armados que yo. Y la verdad no he hecho fuego si no me sentía acorralado. Pero matar a un hombre como Ramírez... ¿por qué? ¡Dios santo! ¿Qué es lo que me ha ocurrido?

—Solo una cosa, Koster. Aquel lugar tiene una maldición.

—¿Enloquece a los que entran en él?

—Sí.

—Creería que es una pura patraña si a mí no me estuviera ocurriendo esto —murmuró—. Sí, una pura patraña... Pero ahora estoy seguro de que no lo es. Por eso te pido que, cuando lleguemos a Moura, me entreguéis a la policía.

—Será mejor que lo pensemos dos veces, Koster.

—¿Por qué? ¿Pero no te das cuenta de que podría volver a matar?

Ella dijo con voz espesa, con voz tensa, cargada de una extraña emoción.

—Yo tengo fe en ti.

—¿Fe en mí? ¡Qué tontería!

—En la vida hay que creer en alguna persona o en alguna cosa. De lo contrario la existencia no tendría sentido; sería horrible.

—¿Pero por qué en mi precisamente? Yo, al fin y al cabo, soy un... un...

La muchacha bisbiseó:

—Porque te quiero idiota. ¿O es que necesitarás que te lo diga yo misma? ¿Es que aún no te has dado cuenta?

Koster no supo cómo ella había caído en sus brazos. No llegó a saber quién había tomado la iniciativa. Fue como un choque de dos voluntades más que un choque de dos cuerpos. Se encontraron besándose, acariciándose locamente, perdiendo la noción del tiempo.

Vinka se resistió ante una caricia más audaz que las otras.

—No, aquí no —bisbiseó.

—Perdona.

—Ningún hombre me ha tocado jamás.

Koster la soltó lentamente.

—He sido un imbécil —musitó—. No sé si sabrás disculparme alguna vez. Además, no tengo derecho a esto.

—No has hecho más que besarme. Tampoco es tan grave.

Los dos se separaron. Y en aquel momento alguien gritó desde la cubierta:

—¡Mouraaaa...!

CAPÍTULO XIV

EN efecto, la ciudad de Moura estaba ante sus ojos. Era una ciudad que vivía del río y para el río. Después de los villorrios miserables que habían pasado, les pareció fastuosa. Los almacenes situados a la orilla, las dos o tres calles muy animadas, la gente contemplándoles desde los embarcaderos... Por lo menos allí había vida. Y también había algo que no habían visto hasta entonces. Dos canoas de la policía.

Vinka y Koster contemplaban todo aquello desde el ojo de buey. Miraban la lujuriante vegetación, las nuevas casas blancas, las viejas chozas... Había muchos edificios en Moura que parecían carcomidos por el tiempo. La tremenda humedad de la selva los corroía como una lepra. Había también algunas casas recién hechas y que ya serían viejas dentro de tres años...

Pero Koster solo miraba las canoas de la policía.

—Debo entregarme —musitó.

—Espera —musitó la muchacha.

—¿Esperar a qué? ¿A que mate a alguien más?

—Estoy segura de que te curarás. Ha sido algo pasajero y que no se volverá a repetir.

En aquel momento entró Shalk en el camarote.

Sus ojos brillaron extrañamente al verlos a los dos. Quizá imaginó lo que había sucedido. Pero no hizo ningún comentario.

—Soy partidario de que no nos detengamos en Moura —dijo—. ¿Qué opinas tú, Vinka?

—Sí, es mejor que no nos detengamos. Tenemos fuel y comida suficientes. Sigamos hasta Manaus.

—De acuerdo.

Shalk fue a salir, pero antes de que desapareciera, Koster murmuró:

—Nos detendremos aquí.

—¿Por qué?

—Ahí está la policía. Y quiero decirles algo sobre la desaparición de Ramírez.

Shalk se mordió el labio inferior.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Sabes algo de eso?

—Lo suficiente para hablar con la policía.

—Si sabes algo debes contárnoslo a nosotros, tus compañeros —musitó Shalk—. Y entre todos decidiremos lo que se debe hacer.

Ahora fue Vinka la que se mordió el labio inferior. Resolvió ser sincera.

—Koster cree que él es responsable de la desaparición de Ramírez —murmuró.

—¿Es que acaso... acaso tuvo una pelea con él y lo arrojó por la borda? —masculló Shalk, con expresión de asombro.

—Fue un accidente —dijo Vinka, sin dar más explicaciones.

Koster, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, murmuró:

—Soy responsable de la muerte de un compañero al que apreciaba, y tal vez constituya un peligro para vosotros también. Debo entregarme a la policía.

Pensó que Shalk se inquietaría. Que estaría de acuerdo.

Pero Shalk movió la cabeza negativamente.

—¿Somos compañeros o no lo somos? —murmuró.

—Claro que sí.

—¿No hemos corrido mil peligros juntos? ¿Nos hemos traicionado alguna vez?

—No.

—Pues que la policía no intervenga en nuestros asuntos. Si hay algo que aclarar entre nosotros, lo haremos a nuestra manera. Pero yo soy tu compañero y tú eres el mío. Nada de entregarte.

—Gracias, Shalk; sé que tratas de devolverme la confianza en mí mismo, pero...

—No hay “pero” que valga. Llegaremos hasta Manaus y allí

decidiremos lo que hay que hacer. De momento seguimos siendo todos los mismos. No pararé las máquinas, Vinka.

La muchacha susurró:

—Te lo agradezco, Shalk. Es lo mismo que pensaba pedirte.

El yate se dirigió hacia el centro del río, que en aquella zona constituía un verdadero mar. En efecto, el río Negro es allí tan ancho como el mismísimo Amazonas, hasta llegar a Manaus. Más allá se encuentra la zona más amplia, el lago a cuyas orillas están enclavadas Manés y Nova Olindado Norte. Pero ellos ya no pensaban ver ese lago si no era desde el aire. Su meta, desde Manaus, era cualquier avión. El primero que saliera. Y que ese avión les llevara a cualquier parte. A Brasilia, a Río, a Sao Paulo a Sao Luis... Lo mismo daba.

Por lo menos eso era lo que pensaba Vinka.

Ahora ella ya sabía dónde estaba el viejo tesoro.

No quería nada más.

Subió a cubierta mientras Koster se quedaba en el camarote.

Un Koster que no quería ver a nadie, que solo deseaba quedarse a solas con sus condenados pensamientos.

* * *

Casi dejándose llevar por las aguas del inmenso río, llegaron a Manaus a la mañana siguiente. Manaus fue una de las ciudades más ricas y violentas del mundo cuando se creyó que estaba materialmente rodeada de piedras preciosas. Los aventureros de los cinco continentes llegaron allí, se establecieron, mataron... Pero de Manaus ya no quedan más que unas cuantas sombras de lo que fue. Algún día tal vez vuelva a ser la ciudad más importante del Brasil, porque está en una zona inexplorada y llena de riquezas que la técnica moderna puede transformar. Manaus quizá sea la ciudad del futuro, pero ahora es simplemente la ciudad del pasado. Una dorada nostalgia la envuelve. Una nostalgia que a veces parece teñirse de color sangre.

Una sola compañía aérea une la perdida ciudad con el resto del continente: es la Varig, la compañía brasileña. Los tripulantes del yate habían vuelto a la civilización al anclar en Manaus. Además allí no les iba a ser difícil venderlo, en caso de necesitar dinero

para los pasajes.

Una vez desembarcados, y tras quedarse Bigam de guardia, fueron a beber cerveza fresca a uno de los bares del puerto. Luego se dirigieron a las oficinas de la Varig.

La cosa resultó más fácil de lo que imaginaban.

En caso de no tener dinero disponible allí, podían pagar los pasajes, en el lugar de destino. Y el lugar de destino podía ser, naturalmente Río de Janeiro.

Vinka dijo que tenía dinero depositado en uno de los Bancos de la capital, y mostró los resguardos. No le sería difícil retirarlo, una vez en Río, y pagar los pasajes. Y así una hora después, se encontraban todos en el pequeño aeropuerto de Manaus dispuestos a subir al aparato que les llevara a Río de Janeiro, vía Brasilia, Belo Horizonte y Barbacena.

El yate había quedado amarrado a uno de los embarcaderos, cerrado completamente. Vinka había preferido no desprenderse de él. No estaba segura de desear volver allí, pero en todo caso aquel yate aún podía hacerle falta.

Hicieron escala en Brasilia, tras atravesar, en uno de los vuelos más hermosos que puede proporcionarse un ser humano, toda la región del Matto Grosso. Los ríos, algunos de ellos anchos como pequeños mares, serpenteaban ante sus ojos: el enorme Tapajos, el Iriri, el Peixoto, el Xingu, el Manso, el Vermellio, el Almas... Algunos de ellos especialmente el Tapajos, apenas habían conocido aún las proximidades del ser humano. Cuando sobrevolaron el Araguaia ya entraban, por decirlo así, en zona civilizada. Detrás habían dejado el futuro, uno de los futuros más fabulosos para los siglos XXI y XXII. Ahora, en Río, iban a encontrarse en cierto modo con el pasado.

El mundo que soñaron los navegantes portugueses hacia el 1500, estaba ya extinguido.

El mundo nuevo, el mundo del futuro era el que soñaron los aventureros alucinados que llegaron hasta Amazonia y fundaron la legendaria Manaus.

Brasilia no era más que la adelantada de aquel mundo. Una especie de quilla clavada en el futuro.

Desde el aire los cinco aventureros la contemplaron, mientras el avión planeaba.

Tierra roja, roja como la sangre. Y bloques de cemento. Y el enorme lago artificial que quería dar vida a aquella región antes desierta.

Koster, que estaba junto a Vinka, musitó:

—De todos modos no me gusta Brasilia.

—¿Por qué?

—No tiene alma. ¡Con el alma que tiene Río! ¿Cómo podrá tener algún día Brasilia esa vitalidad, esa especie de fuerza que la naturaleza ha dado a Río? Es una capital creada con planos, con papeles y con decretos. No sé si un día llegará a ser algo más.

Desde el aire veían las calles en forma de espiral o de elipse, de forma que se unían tangencialmente, pero sin constituir cruces. Veían también la enorme antena de la televisión. El lago, con el lujoso hotel Brasilia Palace y el palacio presidencial de la Alborada. La Rodovia, o estación de autobuses, donde está el único núcleo de reunión que es posible encontrar en Brasilia, el único con un poco de calor humano. Y veían también el aeropuerto, al extremo de una larga carretera que surcaba la tierra roja.

Después de una hora de escala, siguieron en dirección a Río. El trayecto era corto ahora: apenas hora y media. El paisaje ya se hacía menos espeso: bosquecillos, campos de labor, llanuras... Había muchos árboles enanos allí, en contraste con los árboles gigantes de Amazonia. Y había sobre todo muchos villorrios cercanos al mar cada uno de los cuales era un pedazo de la historia del Brasil. Al fin, al planear para posarse en el aeropuerto Santos Drumond, junto al mar, distinguieron perfectamente el Pao de Azúcar y, más lejos, el majestuoso Cristo del Corcovado.

Koster ya no había vuelto a hablar.

Estaba taciturno, silencioso.

—¿Qué te pasa? —musitó Vinka.

—Tengo miedo de mí mismo.

—Si quieres... puedo llevarte a un médico. En Río los hay muy buenos. Él te curará.

—Lo que necesito es que me lleves a la policía, Vinka. Tengo miedo y sé que tú también lo tienes. Piensas que puedo volver a matar. Piensas que aquello podría repetirse.

—No. Yo sé que eso no sucederá.

—Es maravillosa la confianza que tienes en mí, Vinka. Pero me entregaré yo mismo.

—¿Y sabes lo que significará eso?

—¿Qué?

—Te cargarán las muertes ocurridas en el embarcadero, cuando os enfrentasteis a la banda que me tenía prisionera. Es posible que la policía ya sepa alguna cosa.

—¿Y qué importa? Lo mismo me da pagar por una muerte que por dos o por cinco. Diré que a todos los liquidé yo. Es justo que no envuelva a los otros.

—¿Quieres destruirte a ti mismo, Koster? ¿Quieres aniquilarte?

Hablaban en voz baja, mientras perdían altura. Estaban sentados uno junto al otro y no podía oírles nadie.

Koster se encogió de hombros.

—Lo que no quiero es que me ocurra aquello otra vez. No quiero correr el riesgo de asesinar a un amigo.

—Dame otro pequeño plazo, Koster.

—¿Un plazo para qué?

—Para reflexionar. Primero hemos de ver cómo nos desenvolvemos en Río. Yo lo conozco bien, pero he de saber si la policía nos busca o no. También he de retirar el dinero. Por el momento nos alojaremos en el hotel Ambassador y luego decidiremos.

Koster no supo qué contestar.

Había algo que le dolía más que todo en el mundo: separarse de la muchacha. Y si se entregaba a la policía se separarían para siempre...

Tomaban tierra en aquel momento.

El aparato surcó por encima de la maravillosa bahía de Río, frente a Nitteroi, y terminó posándose en las pistas del Santos Drumond, que está justo enfrente de la parte más comercial de la ciudad. Antes de aterrizar habían entrevisto las animadas calles: Río Branco, Presidente Vargas, Senador Dantas...

En la calle del Senador Dantas estaba precisamente el hotel Ambassador. Los viajeros que ya iban vestidos correctamente, aunque sin elegancia, no tuvieron obstáculo ninguno para encontrar alojamiento. Se distribuyeron: Godfrey y Shalk en la

misma habitación. Bigam y Koster también en la misma (se adivinaba claramente que Bigam, el más corpulento de todos, tenía la orden de vigilar a Koster) y Vinka en una pieza individual de los pisos más altos.

A todo esto, había caído ya la noche.

La mágica, la majestuosa, la embrujada noche de Río.

* * *

Pero Koster no pensaba en eso.

Pensaba en otra clase de embrujos.

Con los ojos semicerrados, tendido en la cama, las manos plegadas bajo la nuca, pensaba en misterios que los seres humanos de nuestra época no comprenderemos nunca. Pensaba en la inexplicable amenaza que, desde siglos, amenazaba a los que entraran en aquella ignorada cueva de Amazonia. ¿Qué sabemos nosotros del pasado? ¿Es cierto que sabemos más que los que nos antecedieron? ¿O, por el contrario, poseían estos fórmulas y conocimientos que se perdieron y que ya no volveremos a recuperar jamás?

Una intensa somnolencia se iba apoderando de él.

Las horas habían transcurrido sin que se diera cuenta. Estaba solo en la habitación, tan quieto como si hubiera muerto. Bigam no se encontraba allí; después de tantos meses sin ver a una mujer que mereciera tal nombre, debía haber ido a buscar alguna hembra complaciente por las calles de Río. Y los otros también. Con dinero de Vinka, naturalmente. Le habrían dicho que necesitaban comprarse ropa, cualquier cosa. O quién sabe si le habían dicho realmente la verdad: que iban en busca de una mujer.

¡Vinka, a veces, resultaba tan comprensiva!

Koster desvió los ojos hacia la ventana.

La noche parecía aterciopelada. La iluminación de la calle llegada claramente hasta allí. La calle todavía populosa, animada. Miró su reloj y vio que eran las tres de la madrugada. Terminó por dormirse.

Sonó que se movía, que caminaba pesadamente, como un sonámbulo, a través de pasillos interminables. Le pareció ver un ascensor que subía y bajaba. En aquel ascensor iba Bigam. Bigam

hablaba con él. Discutían. Bigam le empujaba y él caía por el suelo.

Pero Koster se levantaba y enseguida se enzarzaban en una salvaje pelea. Los dos se estaban partiendo las caras y no sabían por qué. Koster sintió que el sudor resbalaba por su frente. Ya no sabía si era sueño o realidad. Se llevó la mano a la cara y la retiró mojada. Sí, estaba sudando como un condenado.

Entonces despertó.

Todo estaba igual en la habitación vacía y silenciosa.

Consultó su reloj: las cuatro y cinco. Había dormido poco más de una hora. ¿Dormido? ¿O tal vez no?

Koster miró como alucinado en torno suyo.

Las dos sillas de la habitación estaban volcadas sobre la alfombra. Parte de la cortina que cubría la ventana, se hallaba desgarrada.

Y no era eso solo.

En las manos de Koster había dos pequeñas manchas de sangre.

El joven se las miró como si no le pertenecieran a él. Las contempló igual que un alucinado. De pronto lanzó una especie de gemido, mientras corría hacia el lavabo. Se mojó las manos y la cabeza repetidas veces. Las manchas fueron desapareciendo.

Entonces Koster se apoyó en la pared.

Sentía vértigo.

Sabía que había ocurrido algo horrible, algo que se pondría de manifiesto apenas él entrara en el dormitorio, y por eso no tenía fuerzas para dar un paso.

Con la cabeza apoyada en la jamba de la puerta, aguardó durante varios minutos. Oía su propia respiración como si llegara desde muy lejos. Al fin se decidió y abrió el gran armario empotrado que había en la habitación.

El cadáver de Bigam pareció querer saltar hacia él. Sus manos le rozaron, sus ojos vidriosos parecieron mirarle. Luego cayó silenciosamente a tierra, a los pies de Koster.

* * *

Koster había tenido serenidad muchas veces, y muchas veces se había jugado la piel sin pestañear desde que estaba en América. Incluso parecía llevar la marca de los predestinados, ya que había

nacido en las cloacas de Varsovia durante la rebelión contra los nazis[3], y solo por una especie de milagro había logrado sobrevivir. Nunca tuvo miedo. Parecía como si los horrores que le rodearon durante los dos primeros años de su niñez le hubieran marcado para siempre.

Sin embargo ahora estaba derrotado, hundido.

Por primera vez tenía miedo, pero era miedo de sí mismo.

Había vuelto a matar... Y esta vez la víctima había sido Bigam...

Examinó el cadáver.

Como en el caso de Ramírez, la muerte había llegado rápidamente y a través de un pinchazo en la nuca. Apenas había brotado sangre. Esta vez el objeto empleado había sido una navaja muy fina, cuya empuñadura sobresalía de la cabeza de la víctima. La navaja era la que Koster siempre llevaba en sus bolsillos, y que hasta entonces no había tenido ocasión de emplear. Una discreta arma para atacar por sorpresa. Naturalmente, al repasar sus bolsillos, Koster vio que ya no llevaba la navaja. La tenía ante los ojos, clavada en la nuca de Bigam.

El joven se sentó pesadamente en la cama.

Todo daba vueltas en torno suyo.

Luego se levantó, tomando una decisión. Ya no volvería a ocurrir más aquello. No volvería a matar. No volvería a convertirse en una especie de sonámbulo asesino.

Abrió la ventana y miró la calle, por la que ya circulaba muy poca gente. Estaba en un cuarto piso. La caída sería necesariamente mortal.

No volvería a matar a nadie.

Era mejor acabar así.

Como en un sueño que esta vez sería definitivo.

La calle parecía fascinarle. Era como una tentación más fuerte que su voluntad. Apoyó las manos en el alféizar de la ventana, dispuesto a dar el definitivo salto. No se daba cuenta ni de lo que ocurría. Solo quería acabar, acabar...

Unas manos le sujetaron entonces por la espalda.

—Koster...

Se volvió pesadamente. Era Vinka.

La muchacha parecía estar muy lejos. Apenas la veía, como si se hallara perdida en la distancia; pero en realidad se hallaba perdida entre las brumas del propio cerebro del hombre.

—Por favor... Vuelve...

Trataba de retenerle, de tirar de él para volverlo al centro de la habitación. Sin duda había visto ya el cadáver, pero eso no parecía importarle. También se había dado cuenta de que Koster quería acabar de una vez con la pesadilla que era su vida.

Koster también se dio cuenta de que había estado a punto de cometer una cobardía. Arrojarle por la ventana y estrellarse contra la calle era demasiado fácil. Era huir de toda responsabilidad. No. Lo que él tenía que hacer era dar la cara y presentarse a la policía.

Salió de la habitación. Antes se había tendido en la cama vestido, incluso con zapatos, de modo que podía llegar hasta la calle sin llamar la atención de nadie. Pulsó automáticamente el botón de llamada del ascensor, mientras Vinka cerraba la puerta y se pegaba a él. Trataba de impedir que Koster hiciese alguna locura.

—Por favor... —balbució—. ¿Qué tratas de hacer?

—Supongo que lo has visto, Vinka.

—Sí, claro que lo he visto. Y no puedo creerlo...

—¿Qué habías venido a hacer a mi habitación?

—Quería convencerme de que no te había ocurrido nada. Solo quería preguntar a través de la puerta. Pero me he dado cuenta de que esta se hallaba entornada y...

—¿Has oído volver a Bigam?

—No. ¿Por qué?

—Solo quiero saber cuándo lo he matado.

—Bigam había salido a... a... Bueno, supongo que quería ver una ciudad civilizada después de permanecer tanto tiempo en la jungla. Me pidió dinero y yo se lo di.

—¿Y tú? ¿Cómo estás vestida?

—Es que acababa de llegar. También he estado paseando. Llevaba semanas en aquel yate, sin ver más que río y selva.

El ascensor llegaba en ese momento. Los dos se introdujeron en la cabina y descendieron. A través del enorme cristal que había a la derecha del vestíbulo, se divisaba la gente que transitaba por

Senador Dantas. Salieron y se dirigieron maquinalmente hacia la avenida del Almirante Barroso. Doblaron por Treze de Maio y se encontraron de pronto en rúa Evaristo de Veiga, muy cerca de donde habían salido. Estaban dando vueltas en torno al mismo sitio como dos niños perdidos. Era una situación absurda.

Koster musitó:

—Debe haber alguna estación de policía cerca de aquí.

—Claro que tiene que haberla. Seguramente en la avenida Río Branco. ¿Pero qué vas a decir allí?

—Que he matado a dos hombres.

—¿Y tú te sientes responsable de eso?

Koster bajó la cabeza, sin fuerzas ya para caminar. Quedaron detenidos los dos bajo la noche, en la inmensa avenida solitaria. Algunos automóviles doblaron la plaza del Mahatma Gandhi y enfilaban la recta de Río Branco a gran velocidad. De la rúa de Pedro Lessa salían algunos grupos de obreros seguramente impresores de algún periódico, que volvían a sus hogares. Nadie se fijó en ellos, detenidos allí. Eran como dos sombras perdidas en un mundo que los ignoraba por completo.

—Todo aquel que hace una cosa es responsable de ella —murmuró Koster—, aunque no la haya querido.

—Si te entregas no te veré más, Koster. Sé que no te veré más.

—¿Y eso qué importa?

Los ojos de la muchacha brillaban en la oscuridad. Brillaban como aquella noche lo había hecho la solitaria estrella.

—Yo te quiero —musitó—. Esa es la única razón; sé que ya no podría vivir sin ti.

Las manos habían subido hasta el poderoso pecho de Koster. Los dedos femeninos jugaban nerviosamente con el cuello de su camisa.

—Nunca he hecho nada por ti, Vinka. Olvídame. Si seguimos juntos es posible que...

Y guardó un expresivo silencio. No hacía falta decir más. Los dos habían visto el cadáver de Bigam.

—Además he de entregarme —musitó él—. La policía lo descubrirá todo dentro de unas horas. No tengo escapatoria en esta ciudad. No tengo escapatoria en ninguna parte.

Ella estrujó un fajo de billetes en uno de los bolsillos del

elegante traje sastre blanco que llevaba. Era uno de los vestidos que había en el yate y que Vinka se había puesto al llegar a Río.

—He podido ir al Banco antes de que cerraran —murmuró—. Tengo dinero suficiente para huir. Mira... Ahí, a poca distancia, tienes el aeropuerto de Santos Dumont. Dentro de un par de horas ya saldrán, los primeros aviones para el centro del país. Cuando la policía descubra el cadáver nosotros ya podemos estar volando hacia Manaus. Allí tenemos el yate y tenemos los ríos, unos ríos inmensos donde no nos encontrará nadie. ¿Por qué entregarte? ¿Crees que vas a ganar algo con que te tomen por loco y te encierren para toda la vida?

El joven inclinó la cabeza.

—No quiero ser siempre un fugitivo, Vinka. Eso ya ha durado demasiado tiempo. En realidad venimos huyendo desde Venezuela. Es mejor acabar de una vez.

Y fue a desasirse de las manos de la muchacha. Pero ella le suplicó:

—Un último ruego. No te lo pediré más. Espera hasta que amanezca.

—¿Y qué voy a hacer? Esta ciudad me parece ahora hostil y extraña. No tengo nada que hacer en ella.

—Caminemos.

—No. Deja que vuelva junto al cadáver de Bigam. Desde allí avisaré a la policía.

—Está bien. Yo te acompañaré.

La muchacha parecía ya completamente desalentada.

Dieron la vuelta por rúa Alcindo Guanabara y regresaron al hotel.

La habitación estaba tal como la dejaron.

Con el cadáver de Bigam en ella.

En el gran hotel silencioso, donde todo el mundo descansaba, nadie se había dado cuenta del crimen. Todo estaba silencioso. Una placidez extraña enervante, los envolvía a los dos.

Koster musitó:

—No tardarán en descubrirlo. Es una tontería que intentemos prolongar esta agonía. Más vale que afronte los hechos de una vez.

Y fue a dirigirse de nuevo hacia la puerta.

Vinka musitó:

—Espera.

—¿Esperar para qué?

—Me has prometido que no harías nada hasta el amanecer.

—Deja al menos que oculte el cadáver.

—Hazlo. Eso sí. Yo tampoco puedo soportar tenerle ahí, delante de mis ojos.

Koster lo arrastró hasta el cuarto de baño y lo introdujo en la bañera, tapándolo luego con la pieza de plástico que arrancó de la ducha. Cuando ya no tuvo el cadáver de Bigam antes sus ojos, se sintió más tranquilo, pero de todos modos sentía como si sus manos quemaran. El contacto con la piel del muerto parecía haberlas mareado para siempre.

Se las limpió cuidadosamente, después de quitarse la camisa. Y con el poderoso tronco desnudo, introdujo la cabeza debajo del grifo, dejando que el agua cayera a chorro. Estuvo así mucho rato. Poco a poco su pesadez iba disminuyendo; se sentía mejor.

Al fin regresó al dormitorio.

Vinka se había sentado en la cama. Le miraba fijamente.

Hermosa y consoladora Vinka...

La única pegona amiga que tenía en aquel momento... La única... ¿O tal vez no?

El pensamiento atravesó fugazmente el cerebro de Koster como una flecha envenenada atraviesa una hoja de papel.

Y dejó allí, en el cerebro de Koster, una especie de punto negro.

¿Tal vez Vinka... estaba envuelta en aquello?

¿Quizá no era lo que parecía?

Pero entonces...

Los pensamientos zumbaban como insectos enloquecidos en la mente del hombre. Le hacían sentir vértigo. Tuvo que cerrar un momento los ojos porque los muebles parecían flotar en torno suyo.

Vinka musitó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada... Solo lo mismo que antes. Siento que todo esto es como una pesadilla.

—¿No puedes olvidarla unos momentos?

—¿Unos momentos...?

—Sí. Por ejemplo mientras estás conmigo.

Se había despojado de la chaqueta de su traje sastre blanco y ahora se desabrochó lentamente la blusa.

Era como una aparición mágica. También daba la sensación de algo irreal. Koster la vio tan hermosa que sus negros pensamientos se disiparon. Sin dudar era eso lo que ella quería. Hacer que se olvidase de todo...

La blusa cayó al suelo.

Y entonces ella se puso en pie y se volvió de espaldas.

Lo hizo con toda intención.

¿Para que Koster la besara en la nuca?

Solo llevaba encima la combinación de encaje.

Por encima de sus bordes asomaba la carne tibia, perfumaba...

Y algo más.

Un tatuaje.

¡Un tatuaje como el que Koster vio en las selvas de Amazonia!

¡Un tatuaje como el que llevaba la muchachita india...!

CAPÍTULO XV

KOSTER no podía dar crédito a sus ojos. Vio la colina, la palmera con las hojas separadas, la estrella... Era exactamente igual. ¡Era el mismo que él había visto!

La muchacha no se volvió.

Solo dijo:

—¿Sorprendido...?

Ahora Koster ya no sabía qué pensar.

Apoyado en la pared la miraba absorto mientras hacía un esfuerzo terrible para poner orden en sus dispersas ideas.

No lo consiguió.

Por mucho que intentó ligar unos pensamientos con aquello.

Ella repitió:

—¿Sorprendido?

—¿Qué significa eso...?

—Lo que estás viendo: un tatuaje que me hicieron cuando yo tenía pocos meses. Entonces era enorme. Ahora solo me ocupa una pequeña parte de la espalda.

—Pero... ¿es el mismo que servía para encontrar aquella gruta!

—Naturalmente.

La muchacha había hablado con voz helada, tranquila...

Sabía el terreno que pisaba, mientras que Koster no conseguía librarse de su desconcierto.

—Ese tatuaje solo era aplicado a la piel de ciertas vírgenes indias —musitó él—. Tú, al menos, no eres una india.

—No.

—Entonces... ¿por qué?

Ella se sentó de nuevo en el borde de la cama, con las manos cruzadas sobre el regazo, haciendo desaparecer aquella visión que tanto había turbado a Koster, aquel tatuaje que él no comprendía.

—Te lo explicaré —murmuró—. Mi padre estuvo muchos años prisionero en la Guayana francesa por un crimen que no había cometido. Entonces era muy joven. Aún existían los barcos de prisioneros que atravesaban el Atlántico y aún existía el penal de Cayena.

—Lo recuerdo. No hace tanto que fue suprimido. Sigue.

—Logró fugarse una vez, y después de mil aventuras a través de las selvas consiguió llegar a una región de las más perdidas de Amazonia. Tuvo la sensación de que ningún hombre blanco había puesto jamás los pies allí, entre los ríos majestuosos. Claro que esa era una sensación falsa. En realidad aquellos ríos hervían de hombres blancos. Todos buscaban tesoros que no encontraban jamás.

—Conozco demasiado bien la historia de esas tierras. Sigue.

—Pronto iba a tener ocasión de conocer a esos hombres blancos, a esos buscadores de fortuna. ¡Y de qué modo iba a conocerlos! Cinco de ellos estaban en un claro de la selva intentando ultrajar a una muchachita. Mi padre la defendió. Había aprendido trucos en Cayena, muchos trucos innobles, y además iba armado. No le resultó difícil acabar con los cinco y salvar a la pequeña.

Koster se había dejado caer sobre una de las butacas, mientras miraba fijamente a la muchacha. Todo aquello le seguía pareciendo irreal. La luz, la habitación entera, la voz pausada de Vinka...

Ella musitó, continuando:

—Mi padre hizo aquello sin darle demasiada importancia. Lo hizo porque le salía del corazón. No pensó que, si ya le consideraban un asesino, ahora se había convertido en un asesino por quintuplicado... Pero los indios se hallaban cerca. Lo recogieron cuando estaba agotado. Se dieron cuenta de lo que había hecho. La pequeña a la que acababa de salvar era sagrada para ellos.

—Entiendo.

—Lo tuvieron en la tribu como si fuera un auténtico redentor.

Procuraron que no le faltara nada. Jamás mi padre había vivido tan tranquilo, tan feliz. Puestos a no faltarle nada, no le faltó ni una hermosa mujer blanca.

—¿Una mujer blanca...?

—Sí. Era una doctora que estaba realizando allí una misión científica por cuenta de una institución benéfica internacional. Curaba en las tribus del río las enfermedades endémicas, y le tenían un enorme respeto. Papá y ella se conocieron en circunstancias tan especiales que por fuerza habían de sentirse llamados el uno para el otro. Al cabo de un año nací yo. Es decir, la doctora de que te hablo era mi madre.

Koster parpadeó.

Con voz ronca por la excitación, musitó:

—Por favor, sigue. ¿Vive tu madre?

—No. Murió al nacer yo. Supongo que, a pesar de todo, las condiciones en que hube de venir al mundo fueron muy precarias. Imagino que mi padre se desesperó... Me dijeron que había estado a punto de volverse loco. El más viejo de los indios que vivían allí le condujo entonces al lugar más secreto de todo Amazonia. Quería consolarle de algún modo. Le llevó a un lugar donde se almacenaba una fabulosa riqueza.

—Entiendo. Es el sitio que...

—Sí. Allí había todo lo que un hombre pudiera soñar. Estaba en su mano el convertirse en un auténtico multimillonario, en dejar a la altura de su zapato a los patriarcas que vivían todo el año en la Costa Azul, y a los que antes tanto había envidiado. Pero mi padre, entonces, no ambicionaba las riquezas. Estaba dominado por el dolor. Solo pidió lo suficiente para que yo viviera sin desahogos el resto de mi vida, y especialmente para que pudiese recibir una educación esmerada.

—Y se lo concedieron...

—En efecto. ¿Qué iban a discutirle? Incluso le dijeron que si alguna vez deseaba más dinero, podía venir a por él. A fin de que nunca olvidara el lugar, fue tatuado en mi espalda el mismo plano que llevaban las vírgenes destinadas a perpetuar aquel secreto. Mi padre hizo dos viajes a Europa con nombre falso y vendió las joyas que había sacado de allí, constituyendo un capital en Suiza. Contando con él, se me envió a Europa cuando yo solo tenía dos

años. Me he educado siempre allí, en los pensionados más caros, gozando incluso de un nombre ficticio (mi padre hizo que me adoptaran) para que nunca tuviese que avergonzarme del auténtico. Él iba a veces a verme, pero en uno de los viajes fue capturado y devuelto a Cayena. Durante años y años no supe nada de él; incluso me hice mujer sin recordar nada de mi padre. Por fin él volvió a fugarse y me escribió desde Caracas, adonde había conseguido llegar. No me decía quién era, pero tentó tanto mi curiosidad que decidí hacer el viaje para conocerle. Empleé el barco, y cuando llegué... él era un condenado a muerte. Había matado a dos hombres, uno de ellos un policía, porque intentaron hurgar en su vida anterior y saber de dónde había sacado las fabulosas sumas que gastó en otro tiempo. Mi padre no quería que eso se supiera jamás... No quería que aquellas tierras de paz se convirtieran en un infierno. Solo a mí me dijo la verdad. Solo a mí me habló del significado del tatuaje (para mí incomprensible hasta entonces) que tenía en la espalda. Luego... ya no le volví a ver más.

—De modo que el recluso con el que me dijiste haber hablado era... era tu padre.

—Sí.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Hubiera tenido que contarte toda la historia. Y entonces aún había muchas cosas que me aconsejaban no hacerlo.

—¿Y fletaste el barco al conocer la verdad? ¿Quisiste llegar tú misma al sitio donde habías nacido?

—No lo hice inmediatamente. Antes leí viejos libros que hablaban de la posibilidad de una fortuna escondida en las selvas de Amazonia, cerca del río Blanco. Cuando me convencí de que lo que me había dicho mi padre tenía visos de ser verdad, adquirí el yate que ya conoces y me lancé a la aventura. Pero había otros que también estaban soñando con eso. Ya sabes que fui sorprendida por los hombres a quienes vosotros matasteis. Y luego... luego han ocurrido unas cosas tan incomprensibles que...

Se llevó las manos a los ojos, cerrándolos.

No podía soportar aquella tensión.

Koster también había cerrado un momento los ojos. Le parecía estar siendo víctima de una especie de maldición. Ahora que tenía junto a él una mujer como la que siempre soñó, ahora que la vida

parecía empezar, la vida terminaba. Algo le había enloquecido cuando entró en la gruta prohibida. Algo que no entendía había hecho que surgiese una segunda personalidad en él: la personalidad de un asesino...

La voz de Vinka parecía llegar desde terriblemente lejos.

—Mi padre me habló de algo más que hasta ahora no había recordado, Koster. Algo que me pareció que no tenía importancia. Que era una leyenda como tantas otras.

Él alzó poco a poco la cabeza.

No creía en nada, no esperaba nada. En sus ojos brillaba una indiferencia total.

—¿Qué fue?

—Me dijo que tuviera mucho cuidado si llegaba a encontrar la gruta. Que los que entraban allí enloquecían sin remedio.

—¿Enloquecían...?

—Ahora he recordado eso, Koster. Ya te he dicho que entonces me pareció una superstición. En el fondo todo me pareció entonces la confesión de mi hombre trastornado, hasta que me empecé a dar cuenta de que decía la verdad.

Las manos de Koster temblaron.

Se volvían locos los que entraban allí...

Pero entonces...

Y de pronto sus ojos sufrieron una sacudida.

De pronto lo comprendió.

Existía aquel detalle que a veces había recordado como en sueños. Aquella pequeña grieta por la que entraba la luz, un resquicio de luz. ¿Servía solo para eso? ¿No era posible que los indios que estuvieran en el secreto lanzaran también por allí, a períodos regulares, hierbas que, al quemarse muy lentamente, produjeran efectos alucinógenos? ¿Cuántas de esas hierbas, de las que los indios extraen drogas y venenos, no podían encontrarse en la jungla? Aquel olor extraño que notó al entrar, ¿no obedecería a eso?

Sus ojos erraban por la habitación, como si de repente las sombras se hubieran iluminado.

Como si viera algo a través de ellas.

Su mente no se había recuperado aún de los efectos de la droga

que inhaló en la gruta. Y alguien que sabía eso, alguien que siguió sus pasos, aunque sin llegar a entrar allí, se había aprovechado del efecto de las alucinaciones. Sencillamente, había procurado que los cadáveres apareciesen junto a él. Pero no los había asesinado Koster. Los había asesinado... ¡alguien que quería eliminar a todos sus compañeros sin infundir sospechas! ¡Alguien que quería volver a aquella gruta de Amazonia, pero completamente solo! ¡El mismo que mató a la muchacha india en la selva, para que no huyese y así poder copiar el plano!

¿Godfrey? ¿Shalk?

Solo ellos dos quedaban.

De pronto Koster se puso en pie como un iluminado.

Vinka le miraba con una expresión de pasmo, casi de horror en sus hermosos ojos.

—¿Adónde vas? ¿Qué tratas de hacer?

Koster no contestó.

Parecía flotar en el aire. Daba la sensación de ser un fantasma.

Abrió la puerta y salió al corredor en penumbra, dirigiéndose a la habitación que compartían Godfrey y Shalk.

No llamó.

La puerta estaba entornada. Empujó directamente.

Y solo al entrar ya oyó el gorgoteo del agua.

Solo una luz estaba encendida, al fondo de la habitación. Era la del cuarto de baño. Su resplandor apenas lograba disipar un círculo de satánicas sombras. Koster avanzó hacia allí como un sonámbulo. Vio la bañera que se estaba llenando poco a poco, vio en ella el cuerpo desnudo de Godfrey.

El cuerpo desnudo de Godfrey vuelto cabeza abajo.

Ahogado.

Koster se detuvo en el umbral, sin fuerzas para continuar, como si estuviera alucinado.

Y entonces la voz de Shalk, a su espalda, dijo lentamente:

—Sabía que vendrías, Koster. Sabía que aparecerías por aquí antes de entregarte a la policía o arrojarte por una ventana. De todos modos esta vez no te necesito. Lo de Godfrey parecerá un accidente. Y lo tuyo algo mucho más lamentable: ¡un suicidio!

Le sujetó por detrás con un gran cordón de seda,

inmovilizándole los brazos. La ventana ya estaba abierta. Tiró hábilmente de él, como un cowboy tirara de una res enlazada.

Koster no gritó.

Su enemigo ya contaba con eso, ya contaba con que Koster moriría con elegancia. Demasiado abatido para defenderse, no intentaría ni siquiera pedir auxilio. Bastaría un último tirón y... ¡al infierno! Luego solo faltaría que encontrasen, lleno a rebosar de huellas digitales de Koster, el cadáver de Bigam.

Quedaba la muchacha, pero ella, ¿qué sabía? ¿Qué podía declarar?

Shalk no había visto su tatuaje. No sabía que Vinka estaba en el secreto tanto como él.

Pero en todo caso eso no le preocupaba ahora.

Tiró del cordón de seda con todas sus fuerzas.

Sus dientes rechinaron.

Koster estaba apresado. No podía mover los brazos. Resbalaba hacia la ventana, mientras Shalk se preparaba para empujarle por la espalda y arrojarle al vacío.

El hecho de que Koster fuera desnudo de cintura para arriba, ayudaría a reforzar la idea de un suicidio.

Lo empujó con todas sus fuerzas. Koster estaba ya al borde de la ventana. Su cintura era presionada contra el alféizar, mientras la parte superior de su cuerpo se doblaba hacia atrás.

Shalk, mientras le empujaba con la derecha, deshizo hábilmente con la izquierda el fácil nudo del cordón de seda.

No podía enviarle abajo atado con aquello.

Tenía que parecer la muerte voluntaria de un pobre loco.

Koster, hasta aquel momento, le había dejado hacer. No quiso ofrecer apenas resistencia porque necesitaba estar al borde mismo de la ventana. Porque prefería librar allí aquel combate a muerte, sabiendo que era mucho más ágil que su enemigo.

En efecto, su cintura se contorsionó.

Su cuerpo, que estaba doblado sobre el alféizar, pasó a estar al lado opuesto. Ahora fue Shalk el que quedó doblado en la ventana, mientras lanzaba un gruñido de sorpresa. No había esperado aquello. Creía iba a encontrarse ante un enemigo entregado y se encontraba con un atleta que le levantaba materialmente entre sus

potentes brazos. El gruñido de Shalk se repitió. Él no era precisamente un alfeñique. Trató de girar, invirtiendo las posiciones, mientras desesperadamente echaba hacia atrás la cabeza de Koster.

Pero este no se inmutó.

Una fría y fanática decisión le dominaba.

Soltó de pronto a Shalk para golpearle brutalmente con los cantos de las dos manos en la cintura. El asesino lanzó un grito sordo, mientras quedaba sin respiración. La presión que ejercía sobre la cara y el tronco de Koster cesó casi instantáneamente.

Era lo que Koster esperaba.

Era su momento.

Sujetó por la entrepierna a Shalk, mientras lo levantaba con todas sus fuerzas. No fue difícil. Se oyó el aullido de Shalk al resbalar sobre el alféizar. Y su nuevo aullido, ahora más débil y lejano, mientras se proyectaba hacia abajo...

Koster quedó doblado en el alféizar.

Respiraba afanosamente.

Tenía la sensación de que sus manos estaban manchadas para siempre. De que nunca olvidaría la última mirada de Shalk. De que nunca olvidaría aquel momento maldito.

Notó que la calle se iba llenando de gente.

Y él seguía en la ventana.

Ahora subirían a por él.

Era inevitable. Y no pensaba hacer nada para escapar a su destino.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación.

Entró la muchacha.

En un momento se hizo cargo de la situación. Con esa especial penetración que tienen muchas veces las mujeres, se dio cuenta instantánea de lo que había sucedido. Y comprendió también que Koster no pensaba huir.

Pero en lugar de turbarse, dijo con la mayor tranquilidad del mundo:

—No debes preocuparte. Todo quedará muy claro para la policía. A ti no te culparán.

—Por lo de Shalk no, porque mucha gente ha visto desde la

calle que era defensa propia —murmuró Koster—, pero lo de Bigam y Godfrey...

Ella se acercó y tomó a Koster por un brazo, mientras apoyaba levemente la cabeza en su pecho.

—Tampoco debes preocuparte.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. En parte porque yo soy la única testigo. Y en parte porque en los bolsillos de Shalk encontrarán los documentos de los muertos, lo cual hará comprender a la policía que los robó antes de matarlos.

—Pero... —Koster estaba asombrado—. ¡Pero si él no debió robarlos!

—Los robé yo y se los puse en el bolsillo —dijo Vinka tranquilamente—. No es que sospechara de Shalk en concreto, pero si el culpable era otro y el que moría era Shalk, también encontrarían en el cadáver los documentos del asesino... Los únicos que no toqué fueron los tuyos. Así tú quedabas al margen. ¿Sabes por qué? Porque no quiero volver sola a las orillas del río Blanco cada vez que necesite dinero...

Y sonrió lentamente, descansando al fin, apretando con una extraña fuerza los brazos de Koster, mientras las pisadas cada vez más recias, cada vez más próximas, sonaban en la escalera.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Como se sabe, organismo dependiente de la ONU que se ocupa, a escala mundial, de los problemas de la ciencia y la educación. (N del T.)

[2] El fusil “Mauser”, modelo 1898, fue un arma de grandes cualidades, y se adelantó mucho a su época, tanto que difícilmente pudo ser superada en los decenios sucesivos. Pese a su vetustez, aún era arma reglamentaria en algunos ejércitos cincuenta años más tarde. Por ejemplo, en España fue el modelo oficial prácticamente hasta 1947. (N del A.)

[3] La población de Varsovia se sublevó contra los ocupantes alemanes en 1944, cuando parecía inminente la liberación de la capital por las tropas rusas, que estaban al otro lado del Vístula. Pero los soviéticos no cruzaron el río, y la agonía de los sublevados duró varias semanas, escribiendo una de las páginas más gloriosas de la historia de Polonia, hasta que los alemanes sofocaron la rebelión. Durante aquella época, los patriotas, que habían comenzado refugiándose en los tejados, tuvieron que descender a las cloacas. Los alemanes lanzaban a ellas gases asfixiantes, para eliminar a los refugiados. Miles de combatientes, así como mujeres y niños, encontraron allí una muerte horrible. (N del A.)